EMILIO ZABALLOS y JOSÉ BERMÚDEZ

¡Lo que Dios ata...!

DRAMA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

Al Excmo. Señor

Don Benito Pérez Galdós

Querido amigo y maestro: El nombre de usted en esta página es el único mérito de la modesta labor de sus fieles é invariables admiradores

Emilio Zaballos.

José Bermúdez.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA (22 años)................	Srta. Villar (C.)
LA MADRE SUPERIORA.......	Sra. Santoncha (M.)
DOÑA ANDREA (madre de Julia, 60 años)....................	Espejo (J.)
RAMONA (criada de don Cleto, 20 años).................	Srta. Montero (R.)
LA DEMANDADERA (50 años)..	Pacheco (E.)
UNA RELIGIOSA..............	Pacheco (T.)
UNA CRIADA (35 á 40 años. Está al servicio de Julia y sus hermanos, en la casa de éstos en el pueblo.	Pacheco (T.)
MANOLO (25 á 30 años)........	Sr. Llopis (M.)
DON CLETO (cura del pueblo, aunque instruído, ordinario y grosero, violento y arrebatado en sus ademanes, 60 años)......	Aguado.
DON DIEGO (capellán del convento, es el tipo opuesto al anterior, suave en el decir y elegantísimo en su indumentaria sacerdotal)..................	Perchicot.
RAFAEL (25 á 30 años; bondadoso y noble, hermano de Julia)...	Chico.
VICENTE (25 á 30 años; jovial, atrevido y bueno; un gran corazón que no da nunca importancia á nada de lo que hace).	Ramos.
ATANASIO (mayoral del coche-correo y novio de Ramona, 20 á 22 años)................	Aguirre.
DON ANTONIO (hermano también de Julia, huraño, hipocritón y pérfido; la única afección que tiene es su propio interés)....	Fuentes.
EL JUEZ (un juez á la moderna, sin ampulosidad de tono ni majestuosidades de ademán)..	Roig

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Sala-comedor de la casa parroquial. Puertas al foro y lateral izquierda. En lateral derecha, un balcón. En primer término izquierda una mesa de despacho, y sobre esta mesa un crucifijo y varios libros. Al lado de la misma mesa un sillón ancho de cuero. En el fondo una percha. Entre el foro y el forillo un pequeño ventanillo en el suelo, que se supone sirve para ver á las personas que llaman en la puerta de la calle. Este ventanillo da paso á una cuerda, terminada en una anilla ó cruceta, con la cual, sin necesidad de bajar al portal, se abre la repetida puerta de la calle. Al levantarse el telón aparece don Cleto poniéndose el manteo que, con el sombrero de teja, le ofrece Ramona.

ESCENA PRIMERA

DON CLETO y RAMONA

CLETO ¡A nadie! ¿Me has entendido?

RAM. Sí, señor.

CLETO ¡Absolutamente á nadie! Si te tienen que dar algún recado, que hablen desde la puerta, y tú les contestas desde el balcón. La primera y más útil de las virtudes, es la desconfianza. ¡El que quiera verse libre de las asechanzas del prójimo, que le abra su corazón... pero que le cierre las puertas de su casa! Todos los hombres son hermanos... ¡pero recuerda que, de los dos primeros her-

manos que hubo, el uno mató al otro porque le parecía pequeño el mundo entero para dos!... ¡Mientras se averigua, de un modo definitivo, si la madre de los hombres fué Eva ó fué la Serpiente, seamos cautos!

RAM. Entonces, cuando el señor cura dice desde el púlpito: «Amaos los unos á los otros...»

CLETO ¡Y lo repito! ¡Amaos los unos á los otros... pero desde lejos! Además, «amaos los unos á los otros», no es lo mismo que decir «amémonos los unos á los otros». (Medio mutis.)

RAM. ¿Volverá pronto el señor cura?

CLETO Pronto. Una partidita, y á casa. ¡Hasta luego!

RAM. Hasta luego, señor cura.

CLETO (En la misma puerta del foro.) ¡No se te olvide! ¡A nadie! ¡Absolutamente á nadie! (Vase por foro izquierda.)

ESCENA II

RAMONA sola, despidiendo al señor Cura en el foro y tirando del cordel para abrirle la puerta

¡Descuide usted, señor cura! ¡Vaya usted con Dios, señor cura! ¡No tarde usted mucho, señor cura! (Entreteniéndose en limpiar los muebles, casi maquinalmente.) ¡A la fuerza tié que ser este señor cura un gran oraor sagrao!... ¡Con seis sermones diarios que me pedrica á mí, ya es pa ejercitarse... Antes de venir á esta casa, me feguraba yo que los señores curas no eran hombres como los demás. ¡Vamos! ¡Que no comían, ni bebían, ni roncaban como los demás hombres!... ¡Dios me perdone, pero creo que dende que estoy metía entre gente de Iglesia, me da la Iglesia menos respeto que antes... (Se supone que ve al señor Cura por el balcón y que le saluda.) ¡Vaya usté con Dios, señor cura! (Sigue limpiando.) ¡También juegan al tresillo los señores curas!... ¡y también vuelven á casa con una jeta asina, cuando pierden! Si los señores curas

pudián casarse, yo no me casaba con un cura ni por cuanto hay. Son como los otros hombres... y no son como los otros hombres. ¡Ea, que no me explico! Pero lo que quió dicir es que el señor cura no anda, ni habla ni mira como... ¡como Tanasio, por ejemplo! ¡Y eso que mirar, vaya si miran! Si lo que dicen algunas veces con los ojos, lo dijesen con la lengua... ¡era cosa de ahogalos por descaraos! (Olfateando.) ¡Paece que huele á quemao! (Corriendo asustada hacia el foro.) ¡¡María Santísima! (Suena un silbido, al cual se detiene Ramona sorprendida.) ¡Así no silba naide más que Tanasio! ¡Pero si Tanasio no tenía que llegar con su coche hasta mañana! (Corre al balcón y mira.) ¡Pos sí que es Tanasio! (Llamando.) ¡¡Tanasio!! ¿Pero cómo ha sío esto? (Pausa.) ¡Espera! (Va á la puerta del foro para abrir la puerta á Atanasio, y en tono burlón, imitando á don Cleto, dice:) «¡¡A naide; asolutamente á naide!!» (Tira del cordel y abre la puerta.) «¡¡Amaos los unos á los otros...!! Pero no dende lejos: ¡cuanto más cerca, mejor!

ESCENA III

RAMONA y ANASTASIO, que al entrar la abraza

ATAN. (Déntro.) ¡Ramoncica!

RAM. Pero ¿qué te ha pasao?

ATAN. (Abrazándola.) ¡Ramoncica!

RAM. ¡Chico! ¡Las juerzas que traes!

ATAN. ¡Y lo que te rondaré, morena, como dijo el otro!

RAM. ¿Cuándo has llegao?

ATAN. (Misterioso.) ¡He llegao... y no he llegao!

RAM. ¿Qué dices?

ATAN. ¡He venío... y no he venío; estoy aquí... y no estoy aquí!

RAM. ¿Te has vuelto loco?

ATAN. ¿Sabes tú lo que es entrar de incónitro en un pueblo? ¡Pos así habemos entrao musotros!

RAM. ¡Pero...!

ATAN. (Interrumpiéndola y con mayor misterio aun.) ¡Es un secreto!

RAM. ¿Secretos pa mí?

ATAN. (Imitando las voces.) «Tanasio, como hables una palabra, eres hombre muerto», dijo él.

RAM. ¿Y quién es él?

ATAN. «Como nos descubras, Tanasio, y por tu culpa se malogre tó, me mato», dijo ella.

RAM. (Impaciente.) Pero ¿quién es ella?

ATAN. «Miren ustés, señoritos», les contesté yo: «en este pecho se pué guardar lo que se quiera, porque es un baul con cerradura inglesa y tres candaos.»

RAM. (Desesperada ya por la impaciencia.) ¡Jesús, qué rabia, y cómo me hace sufrir este hombre!

ATAN. Pero luego he pensao yo: el contáselo á Ramona no es contáselo á naide, porque Ramona es yo mesmo. Lo que saben dos que se quieren como musotros, no lo sabe más que uno.

RAM. Pero... (Pellizcándole.) ¿quieres acabar, arrastrao?

ATAN. Escucha. Tú ya sabes toa la historia de los amores del señorito Manolo y de la señorita Julia...

RAM. ¡Probecicos de mi alma!

ATAN. Después de cinco años de mirase y de querese en silencio, con un cariño que más parecía una devoción que un querer, un día se lo dijeron tó y se hición novios...

RAM. (Quitándose la palabra el uno al otro.) Daba gloria ver aquella parejica que no tenía más cielo que sus ojos..

ATAN. La madre de la señorita Julia...

RAM. ¡Que es un bicho venenoso...!

ATAN. A los quince días justos de haber dao su consentimiento pa estas relaciones volvió la hoja, y sin causa ni motivo que lo justificase se convirtió en el enemigo más implacable y tenaz del probe señorito.

RAM. Es verdad. Y dende entonces aquellos corazones puros y leales lucharon con un tropiezo empeñao en separar lo que Dios pare-

cía haber dispuesto pa que estuviese unío por una cadena de abrazos y de besos...

ATAN. Ellos que sí, y la madre que no, la pelea llegó á tomar carateres que espantaban ..

RAM. Como que se dijo que la señorita no se atrevía á alimentarse en su casa por miedo á que...

ATAN. Pero el amor es como el fuego bien encandilao. El que quiere apagalo soplando, no consigue otra cosa que encendelo más y más.

RAM. ¡Como que los juramentos se repitieron y las promesas se multiplicaron...

ATAN. Y la madre, como último recurso, decidió llevase su hija á Madrid, confiando en que la ausencia y la distancia protejerían sus planes.

RAM. Y al poco tiempo el señorito se fué á Madrid también, y dende entonces no se ha vuelto á saber aquí de ninguno de ellos...

ATAN. (Con énfasis.) ¡Yo sí!

RAM. ¡Tú!!

ATAN. ¡Yo!

RAM. ¿Cuándo?

ATAN. Esta mañana. Estaba yo en el paraor, pidiendo á Dios que hiciese correr el tiemdo mu deprisa, pa regresar al pueblo y verte, cuando un mozo se acerca á donde yo estaba tumbao, y me dice: «Tanasio: arriba en la sala hay tres presonas que desean hablarte.» Refunfuño, me desperezo, me levanto y subo. Y ¿á que no sabes tú quienes eran aquellas tres presonas? ¡La señorita Julia, el señorito Manolo y otro señorito que yo no había visto nunca.

RAM. ¿Casaos?

ATAN. Si hubián venío casaos, no hubián viajao de incónitro.

RAM. Entonces.. ¿se habrá muerto la señora?

ATAN. La señorita no vestía de luto.

RAM. Entonces...

ATAN. (Fingiendo las voces.) «Engancha, que nos vamos deseguía pa el pueblo», me dijo el señorito Manolo. «Señorito, la salía del coche

no es hasta mañana», le respondí yo. «La salía del coche es ahora mesmo», interrumpió el otro señorito mirándome con unos ojos que querían tragarme. «Es preciso que lleguemos esta noche al pueblo y que naide se entere de nuestra llegá. Si se sabe algo por tí, te regalaré dos onzas de plomo; si cumples como debes, tendrás dos onzas de oro.»

RAM. (Asustada.) ¡Dios mío!

ATAN. Enganché, montaron, y bien entrá la noche, cuando calculamos que no habríamos de encontrar curiosos que nos viesen, hemos penetrao por el camino de la Cruz. Se apearon, me dieron lo ofrecío... ¡y aquí estoy!

RAM. ¡Me dejas pará!

ATAN. (Sacando de la faja un bolsillo con dinero, y dándoselo á Ramona después de hacerlo sonar.) ¿Y esto? ¿Te parece que viene mal esto pa la boda de unos probes como musotros?

RAM. (Contemplando el dinero.) ¡Qué riqueza! (Después de una breve pausa, dice con tono de desconfianza.) Dí, Tanasio: ¿crees tú que este dinero estará bien ganao?

ATAN. ¡Ramoncica!

RAM. ¿No habrás ayudao á alguna mala ación que les cueste y nos cueste lágrimas dempués?

ATAN. ¡Mira, Ramoncica! Mi oficio es guiar coches como Dios me dé á entender, sin preguntar á los viajeros lo que ellos no quieran ó no deban decirme. ¿Que los señoritos vienen como Dios manda? ¡Enhorabuena! ¿Que vienen como Dios no manda? Allá ellos con su concencia. La justicia de arriba y la de abajo se encargarán de castigalos ó de perdonalos. ¡De perdonalos, seguramente, si es la de arriba la que ha de fallar!

RAM. ¡Que Dios les ayude y nos ayude!

ATAN. Ramoncica: por lo más sagrao te ruego que tengas cuidao pa que no se te escape ni una palabra de tó lo que acabo de contate.

RAM. (Con viveza.) ¿Acaso te feguras que quiés tú á los señoritos más que yo?

ATAN. Sobre tó, mucho ojo con el señor Cura. Ya sabes que el señorito Manolo no es santo de su devoción y que el señor Cura no ha sío el que menos ha intrigao pa que la boda no se realizara.

RAM. (Indignada al recordar lo que cuenta.) Dímelo á mí, que he oido unas cosas .. (Imitando las voces.) «Ese ateo»—le decía un día á la señora—«es indino de entrar á formar parte de una familia tan católica como la de usted. Si, como usté dice, pierde la vida en aras de la pasión, menos vale su vida que su alma.»

ATAN. ¡Tunante!

RAM. (Sigue imitando.) «¡El convento, no hay más que el convento, señora. Ese capital que ambiciona la heregía, pertenece á la santa causa de Dios.»

ATAN. Los pillos que llevan el demonio en el cuerpo, tien siempre el nombre de Dios en los labios.

RAM. «Tengo un plan»,—añadió la madre en voz baja, y con una cara que metía miedo—«¡un plan terrible! ¿Quién puede evitar que un día le ocurra un acidente á ese enemigo de mi tranquilidad, y que ese acidente sea de tal importancia que llegue á costale...

ATAN. ¡Creminales!

RAM. ¡Y los dos se rieron! ¡Se rieron con una risa que daba frío, Tanasio!

ATAN. (Violento y amenazador.) ¡Hombre, estoy por agarrar al señor cura, y...! (Se oye un aldabonazo, dado en la puerta de la calle.)

RAM. (Asustada.) ¡Dios mío! ¡El señor cura! ¡Quién le esperaba tan pronto!

ATAN. (Miedoso y procurando ver el medio de huir.) ¡Santo Patrón del Pueblo! ¿Dónde me escondo yo?

RAM. Corre á la cocina, y en cuanto veas que entra aquí escápate, procurando que no te vea.

ATAN. ¡Dios nos tenga de su mano! (Vase corriendo lateral izquierda. Suena otro aldabonazo.)

RAM. ¡Viene de mal humor! ¡Se lo conozco á la legua! (Tira del cordel que abre la puerta y dice después de una pausa corta:) ¡Pisa fuerte! ¡Lo dicho! ¡Hoy viene de un humor inaguantable!

ESCENA IV

RAMONA y DON CLETO. Don Cleto trae en la mano un telegrama que agita nerviosamente. Ramona le recoge el sombrero y el manteo, los cuelga en la percha y hace mutis por foro derecha

CLETO (Malhumorado.) ¿Qué estabas haciendo?

RAM. ¡Señor.. es que..!

CLETO ¡Silencio!

RAM. (¡Inaguantable!) (Mutis foro derecha.)

CLETO (En tono reconcentrado y golpeando con ira el telegrama que lleva en la mano.) ¡La ha dejado escapar! ¡Torpe! ¡Más que torpe! ¡Esa ha sido la vigilancia cuidadosa que yo la recomendé tener con su hija! ¡Si la hubiese llevado al convento desde luego!... ¡Madre imbécil que desconoce las astucias del prisionero; del prisionero de amor, sobre todo! (Pausa.) ¡Adiós el capital codiciado! ¡Adiós mis sueños de lucha por la buena causa! ¡Malhaya la que, con su torpeza, ha consentido que con un soplo derribasen mi castillo de esperanzas y de ilusiones... (Pausa.) ¡Quién sabe! ¡Pudiera ser tiempo aún! ¡Con diligencia y habilidad, quizá no fuera, todavía, completo el triunfo de los malos! ¡Si yo...! (Oyese un aldabonazo.) ¿Quién podrá ser? ¡Si fuese la noticia de la captura..! (Se ve á Ramona tirar del cordel para abrir la puerta y hacer mutis en seguida.) ¡Maldito! ¡Maldito telegrama! ¡Cuando ya creía haber vencido!

ESCENA V

DON CLETO y DON ANTONIO. Don Antonio trae en la mano otro telegrama. Don Cleto y don Antonio se contemplan en silencio; se enseñan las respectivas hojas telegráficas y bajan la cabeza desesperados

ANT. ¿También usted lo sabe ya?

CLETO ¡Todo!

ANT. Mi hermana...

CLETO En poder del lobo. La madre de usted ha

sido poco perspicaz y poco celosa. (Con un abatimiento más fingido que real.) ¡Todo se ha perdido! El sol de la victoria alumbra el campamento enemigo. ¡Respetemos los designios de Dios!

ANT. Pero, ¿no hay ningún recurso?

CLETO (Indiferente) ¡Ninguno! Estamos completamente derrotados. ¡Así lo habrá querido el cielo cuando lo ha consentido!

ANT. ¡Me pasma esa tranquilidad!

CLETO ¿Y qué hacer? Cuando el Señor nos ha abandonado es que no sería justa nuestra causa.

ANT. (Colérico.) ¡Este hombre no está en su juicio!

CLETO ¡Estoy resignado, como debe estarlo todo buen cristiano con las contrariedades de la vida.

ANT. (Exaltándose.) ¡La resignación es cobardía!

CLETO (Cada vez más tranquilo en apariencia.) La resignación es humildad, y mi carácter sacerdotal me obliga á ser humilde.

ANT. ¡Es que yo no puedo serlo aunque quisiera! ¡Usted sabe que mi fortuna y hasta mi honra peligran; usted sabe que mi hermano Rafael sospecha y es nuestro enemigo.

CLETO (Con una calma desesperante.) ¡La fatalidad! ¡Solo la fatalidad!

ANT. (Después de contemplarle con rabia un breve momento.) ¡¡Cobarde!!

CLETO (Cambiando bruscamente de la calma á la ira.) ¡Y se atreve á insultarme! ¡Usted, que no se atrevió á realizar nuestro plan...

ANT. ¡Era terrible..

CLETO (Fogoso y vibrante.) ¡No hay medios terribles! El medio que es útil, es bueno siempre. ¡Usted que ha tenido á Manolo á su alcance y á Julia en su poder! ¡Ustedes, á quienes asustó la clausura que yo les aconsejaba... ¡ustedes que han dado lugar á la absurda fuga que lamentamos... ¡¡Qué extraño es que muerda la víbora si, en vez de aplastarla, nos obstinamos en darle abrigo y alimento!! ¿Qué usted se pierde? ¿Y qué importa que se pierda el hombre que sólo entró en

el combate para conseguir la impunidad de sus raterías?

ANT. (Furioso por el insulto.) ¡Don Cleto!

CLETO (Con el entusiasmo del fanático.) ¡Yo soy el que ha perdido más; los míos: los cientos, los miles, los millones de soldados de la fe, que todo lo quieren y todo lo necesitan para esta batalla homérica que riñen Satanás y Cristo! ¡Por eso; por eso que es más grande, inmensamente más grande que una reputación falsa y despreciable, he trabajado yo para hacerme dueño de la voluntad de una madre que es la administradora legal de los cuatro millones que legaron á su hija! ¡Por eso he laborado yo con la constancia del que anhela el fruto para los suyos y no para él.. ¡y hasta he descendido á estrechar una mano (Señalando á don Antonio.) que, si no se atrevió á herir, supo introducirse varias veces en el bolsillo de una hermana que es sangre como su sangre.

ANT. (Fuera de sí.) ¡Por Dios, que soy capaz de todo, antes de tolerar una injuria más! (Se ve cruzar á Atanasio rápidamente desde lateral izquierda á foro izquierda, por donde hacen mutis.)

CLETO (Calmoso, pero enérgico.) Usted no será capaz de nada. Nosotros no debemos destrozarnos, á lo menos por ahora. ¡Aunque usted me odie y yo le desprecie á usted, el común interés nos obliga á seguir unidos y abrazados estrechamente. ¡Pecho contra pecho, para adivinar las cercanías de una traición! ¡¡Yo resignado!! ¡Nosotros no nos resignamos jamás! El día que sesteásemos, nos arrollaría el odio que se nos profesa! ¡Trabajar en la sombra, pero trabajar siempre; confiar al adversario para que se nos entregue indefenso; emplear todas, ¡todas! las armas que á nuestro alcance estén; ir hasta donde sea preciso, con la sonrisa de manifiesto y la daga oculta!... ¡Oro! ¡Mucho oro!... ¡El día que tengamos oro suficiente, no compraremos gobiernos ni conciencias: ¡¡compraremos el mundo entero!!

ANT. Pero usted sólo habla de los suyos, de usted!... ¡En cambio de mí!...

CLETO (Imperativo.) ¡Basta! No perdamos más tiempo inútilmente. Yo, á escribir á mis amigos para que unan sus fuerzas; usted... á esperar órdenes, y... ¡ay de usted, si demora ó tuerce su cumplimiento!

ANT. ¡Amenazas!

CLETO (Abrazándole y con un tono dulzarrón, cariñosísimo, pero hipócrita, que hace daño.) ¡Consejos cariñosos del hermano, del padre, del amigo! ¿Puede usted dudar de mi afecto, de mi entrañable afecto? ¡Esa mano! (Coge una mano á don Antonio.) ¡Así! ¡Siempre así, querido don Antonio.

ANT. (Más inquieto aún con las caricias de don Cleto que con sus amenazas.) ¡Esperaré!

CLETO El que sabe esperar se hace dueño del porvenir. ¡Otro abrazo!

ANT. ¡Adiós! (Mutis foro izquierda.)

CLETO ¡Adiós! (Se sienta en el sillón y se pone á escribir.)

ESCENA VI

DON CLETO, escribiendo; después VICENTE

CLETO (Escribiendo.) «Como ahí no ignoran ustedes nada, no ignorarán la fuga de Julia. Es fácil sospechar lo que pretenden y es preciso impedirlo á toda costa, apoderándose de ellos para poner al uno en manos del Código y á la otra en nuestras manos.» (Vicente se presenta en la puerta del foro, sin que don Cleto se dé cuenta de su presencia.) Realizado ésto, lo demás es labor sencilla.» (Haciendo involuntariamente la siguiente reflexión en alta voz:) ¡¡Si Julia cae en nuestras manos!!

VIC. (A don Cleto, con sorna.) ¡¡Que no caerá!!

CLÉTO (Medio levantándose del sillón, sorprendido y temeroso.) ¡Cómo! ¿Quién es usted?

VIC. (Avanzando hacia él, siempre jovial y sin dar importancia de entonación á nada de lo que dice.) ¡El abanderado del enemigo! ¡Un hereje que

cree en Dios más que usted y mejor que usted!

CLETO ¡Insolente!

VIC. Mire usted, señor cura: yo soy el compañero de viaje de Julia y de Manolo. Por el santo interés de hacer la felicidad de dos que se quieren, he abandonado mis intereses, mi tranquilidad y mi familia. Vengo dispuesto á todo, ¿me entiende usted? ¡A todo!

CLETO ¿Y se atrevería usted?

VIC. (Con mucha calma.) ¡A todo! Hemos hecho un viaje feliz: ni un contratiempo, ni una molestia. ¡Si hubiera usted visto á los novios!... (Como queriendo hacer daño á don Cleto con sus palabras.) ¡Un espectáculo conmovedor! ¡Ternezas... arrullos... lágrimas de alegría... Ni una vez nos hemos acordado de usted en el camino! Se necesita estar muy alegres, ¿verdad?

CLETO ¡Abusa usted de mi vejez para insultarme!

VIC. También usted ha abusado de ella para hacer á esos infelices todo el mal posible. La vejez es respetable en un hombre de bien; la vejez en un pillo (y esto no lo digo por usted), demuestra muchos años de picardías nada más.

CLETO ¡¡Caballero!!

VIC. (Impasible.) Yo no creo lo que las malas lenguas dicen por ahí; todo lo contrario. Usted es una buena persona, un excelente Ministro del Señor y un cariñosísimo pastor de sus feligreses. Con estas cualidades, yo pensé y dije: don Cleto no puede consentir que dos pobres ovejas de su rebaño sufran y penen por el sólo delito de adorarse como manda el Ser Supremo, y se apresurará á darles la bendición que tanta falta les hace.

CLETO (Levantándose iracundo.) ¡Jamás!

VIC. ¿Y si la juventud y la desesperación hacen que llegue á ocurrir lo que afortunadamente no ha ocurrido aún? ¿Quién será el responsable?

CLETO ¡Sus vicios! ¡Su maldad!

VIC. (Irónico.) Y la conciencia de usted... ¡¡tan tranquila!! ¡¡Cuando yo decía que era usted una *buena persona!!*

CLETO (Indicándole la puerta.) Creo que se prolonga demasiado...

VIC. ¿Mi visita? ¡Tiene usted razón! (Va rápidamente á la puerta del foro y grita:) ¡¡Adelante la comitiva!!

ESCENA VII

DICHOS, JULIA, MANOLO y ATANASIO. Los dos primeros avanzan rectamente hacia el señor Cura. Atanasio queda guardando la puerta. Don Cleto demuestra una intranquilidad visible, vigilado de cerca por Vicente

VIC. (Presentando á los recién llegados.) Mis compañeros de viaje, (Por Julia y Manolo.) y un amigo al que hemos obligado á acompañarnos. (Por Atanasio.)

CLETO (Furioso.) ¡Salgan ustedes de mi casa!

VIC. (Muy tranquilo.) ¡Después!

CLETO ¡Entonces... saldré yo! (Quiere dirigirse á la puerta.)

VIC. (Deteniéndole.) ¡Ya le he dicho á usted que venía decidido á todo, conque!...

CLETO ¡Esto es un abuso intolerable!

VIC. (Riendo.) Allanamiento de morada, sí, señor.

MAN. (A don Cleto, con humildad.) Señor cura: aunque usted haya creído lo contrario, yo no he sido nunca partidario de los procedimientos de fuerza.

CLETO ¡Se contenta usted con robar las hijas á sus madres!

MAN. ¡Cuando hay otros que se empeñan en robarlas á la humanidad!

JULIA Yo le he seguido por mi voluntad espontánea y libre de toda presión. Le he seguido hasta aquí como le seguiré hasta el fin del camino de mi vida.

CLETO ¡Ese es el lenguaje de la procacidad!

JULIA Este es el lenguaje de la pasión.

CLETO ¡De una pasión malvada!

JULIA De una pasión pura y sin mancha hasta hoy, que viene á santificarse á la casa de Dios.

VIC. Aunque, al parecer, nos hemos equivocado de domicilio.

MAN. (A don Cleto.) Yo quiero hacer la última llamada al corazón de usted. Julia no puede ser de Dios, porque no puede dar á Dios más que el alma, ya que el corazón me lo dió á mí. La que sería una mala esposa del Señor, será, seguramente, la esposa modelo de un hombre. No haga usted que ese caudal de cariño se convierta en odio: el cariño es la esencia de la divinidad, como el odio es la esencia de los espíritus infernales. Abdique usted de esa testarudez inconcebible y trace sobre nuestras cabezas la cruz que ha de hacernos felices para siempre. (Manolo y Julia se arrodillan á los pies de don Cleto. Este, sin dejar de observar siempre si le dejan algún medio de fuga, rechaza con el gesto todo lo que Julia y Manolo dicen.) ¡Vea usted, humildes á sus piés á dos seres que imploran la sanción de un sentimiento que Dios ha hecho brotar en sus corazones!

JULIA ¡Señor cura, apiádese usted de mí; de la situación en que puede quedar esta infeliz mujer! ¡Señor cura! ¡Por la Virgen Santísima!

CLETO (Iracundo.) ¡Calla! ¡Calla y no profanes con tus impuros labios el nombre más puro de la mujer más pura entre todas las mujeres!

VIC. ¡¡Se necesita paciencia para tolerar!!...

CLETO (En tono de anatema.) ¡Ni aunque te viese ultrajada y escupida con el fango del público bochorno; aunque á la hora de la muerte me pidieses esa bendición que ahora pordioseas, siempre te contestaría con las mismas palabras: ¡Jamás! ¡¡Jamás!! ¡¡¡Jamás!!!

VIC. ¡Ha llegado el momento de mi venganza!

CLETO (Queriendo abrirse paso violentamente.) ¡Paso! ¡Paso!

VIC. (Deteniéndole, violentamente también.) ¡Si se mueve usted!...

CLETO ¡Miserable! ¡A un sacerdote!

VIC. ¡¡Escuche!! (Don Cleto atiende para oir lo que cree que va á decirle Vicente. Hay un pequeño instante de silencio solemne, que es interrumpido por Julia y Manolo, los cuales, rápidamente, pronuncian las palabras matrimoniales de ritual, asidos de las manos.)

JULIA *¿Me quieres por esposa?*

CLETO (Queriendo interrumpir.) ¡¡Oh!!

VIC. (Enérgico, sujetándole.) ¡¡Quieto!!

MAN. *Sí quiero. ¿Me quieres por esposo?*

JULIA *Sí quiero.* (Se ponen en pie.)

CLETO (Enloquecido por haberse dejado sorprender.) ¡Falso, mentira! ¡Yo nada oí!

MAN. ¡Ya es mi esposa! ¡Ahora... que vengan á arrebatármela!

CLETO (En el parosismo de la rabia.) ¡Ese matrimonio es nulo! ¡Yo no he oído nada!

MAN. Señor cura .. ¡¡estamos casados!! (Pasan á segundo término.)

ATAN. (Gritando desde la puerta á Ramona, que aparece en seguida con el «lío» de su ropa.) ¡Chica! ¡Ramona! ¡Esto se ha terminao! ¡Arza p'alante!

ATAN. }
RAM. } (Al pasar por delante del señor Cura, señalando á Manolo y Julia.) ¡Señor cura! ¡Están casaos! (Van á segundo término.)

VIC. (A don Cleto al ir á reunirse ya con sus compañeros.) ¡Casados!... ¡Y casados por usted!

MAN. (Desde la puerta del foro.) Esta vez ¡¡el triunfo es nuestro!!

CLETO (Con el brazo derecho extendido y con una solemnidad amenazante y aterradora, mientras hacen mutis los demás personajes.) ¡¡¡Todavía!!! ¡Todavía!!! (Telón pausado.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena está dividida. A la derecha, el locutorio interior de un convento-beaterio, con puerta en el foro. A la izquierda el locutorio exterior, con puertas en el foro y lateral. El locutorio exterior está decorosamente amueblado, aunque con exceso de adornos religiosos. En el locutorio interior, en primer término, hay una pequeña mesa y dos sillas de madera. Ambos locutorios están separados por un tabique, y en este tabique, en segundo término, hay una reja, á través de la cual hablan los visitantes con las religiosas y otras personas que estén dentro del convento. En la puerta lateral izquierda hay una campana grande que toca la Demandadera para que las religiosas acudan al torno ó á la reja.

Al levantarse el telón, don Cleto y el Padre Diego (capellán del convento) conversan animadamente, sentados en el locutorio interior. La Demandadera, en el exterior, está acabando las faenas de limpieza de la mañana; entra y sale frecuentemente por la puerta lateral.

ESCENA PRIMERA

DON CLETO, PADRE DIEGO y DEMANDADERA. Después, durante breves momentos, VICENTE

CLETO ¿Conque hasta ahora no se ha conseguido nada?

DIEGO Decir eso sería exagerar, mi querido compañero. De hierro habría de ser su voluntad y aquí se moldeaba.

CLETO No se me olvidará nunca el lance de la boda.

¡Caracoles con la chiquilla! ¡Qué entereza, qué valentía y qué abnegación! ¡Casi daban ganas de creer en el amor mundano!

DIEGO ¡Hay algunas más difíciles de encarrilar que otras!

CLETO «¡Ya estamos casados!», me gritaban después de la sorpresa; «¡el triunfo es nuestro!»... ¡¡Todavía, todavía!! les contesté yo... (Con risa cruel.) ¡Y efectivamente, ¡¡todavía!!...

DIEGO ¡Si los hubiese usted visto cuando la policía fué á interrumpir el criminal idilio, y cuando los agentes del juzgado trajeron á Julia á este convento...

CLETO (Frotándose las manos.) ¡Una escena deliciosa! ¡Lo presumo!

DIEGO Ella aferrada al cuello de él, como si aquel lazo impío la pudiera librar de la separación.

CLETO ¡Ja, ja, ja! ¿Y él?...

DIEGO Él, pasando por todas las crisis de eso que llaman dolor los que aún creen en las lágrimas de los hombres. Se enfurecía, amenazaba... mezclaba las súplicas con los ultrajes... ¡Era un verdadero león defendiendo á su leona!

CLETO ¡Delicioso; encantador! ¿Y por fin?

DIEGO Por fin, una puerta que se abre, una mujer que es casi arrastrada al interior de esta santa casa, y la misma puerta que vuelve á cerrarse separando, quizá para siempre, á dos recien casados.

CLETO (Enérgico, contundente.) ¡Para siempre! ¡Ha de ser para siempre!

DIEGO Descuide usted Aunque la sentencia de nulidad del matrimonio, dada por el Tribunal diocesano es seguro que será casada por el superior, aquí todos la hemos dicho que esa nulidad es definitiva é irreparable; se ejerce la más exquisita vigilancia para que el marido no pueda verla, hablar un solo momento con ella ni enviarla correspondencia, y las buenas madres, por último, hacen lo que pueden, unas veces con sus consejos y otras con sus castigos, para completar la

obra. (Hablan bajo mientras dura el diálogo que sigue)

VIC. (Desde la puerta lateral izquierda, á la Demandadera. Llamándola.) ¡Chisst! ¡Chisst!

DEM. (Corriendo, azorada, á dicha puerta, para impedir que Vicente entre en el locutorio.) ¡Señorito, por Dios! ¿Quiere usted comprometerme?

VIC. Necesitamos hablar á doña Julia un minuto; solo un minuto.

DEM. ¡Imposible!

VIC. ¿Imposible? (Ofreciéndola dinero.) ¡Tome usted dos duros!

DEM. (Rechazándolos.) Le digo á usted que es imposible, señorito. Sería mi perdición.

VIC. ¿Su perdición? (Aumentando el ofrecimiento.) ¡Cuatro duros!

DEM. (Aceptándolos.) ¡Es usted el mismísimo demonio, Dios me perdone! Buscaré una ocasión. Esperen ahí á que yo les avise.

VIC. ¡Esperaremos! (Vase.)

DEM. ¡En lo que nos vemos metidos á veces... (Mirando los duros.) por ser buenos! (Vase lateral izquierda.)

DIEGO Aquí se han recibido varias cartas del supuesto, presunto.,. ó verdadero marido de Julia; de don Manuel. ¡Pero es inútil decirle que ninguna de esas cartas ha llegado á la destinataria. La última cayó en nuestras manos ayer. Escuche: (Después de hacer como que susurra los preliminares de la carta, lee.) «La iniquidad sigue su curso, pero la justicia triunfará al cabo.» (Mientras lee la carta, mira á don Cleto, comentándola ambos con el gesto.) «Los que roban la esposa al esposo; los que se empeñan en desconocer la santidad de un sacramento y los que han hecho de nuestra legítima unión un delito, de la verdad un sarcasmo y de nuestra vida un martirio, sucumbirán al fin. Jesús, después de la afrenta de la muerte, tuvo su resurrección. Las almas atraviesan las puértas, las celosías y los muros, y la mía está contigo; adora á mi alma en tu cautiverio, ya que la convivencia de nuestras almas no pueden impedirla

el fanatismo y la ambición. Confía en Dios y confía en mí. ¿Cuándo podrá abrazarte tu esposo que te adora...»

CLETO (Después de comentar lo leído, con una risa sarcástica.) Y de esta carta, ¿qué piensa usted hacer?

DIEGO Hay aquí cerca un pillo muy hábil, que después de estudiarla, me está escribiendo, con la misma letra, otra carta que yo le he dictado. Además, para esto convendría, después de hacerle aparecer ante ella como un imposible, presentarle también con caracteres odiosos, depravados...

CLETO ¡Comprendido! Sería preciso decir que Manolo, cansado de esperar...

DIEGO Eso es asunto de usted. Yo atenderé al efecto de la carta, y...

CLETO (Al ver á la Superiora que aparece por foro derecha.) ¡La Superiora!

DIEGO Mejor ocasión...

CLETO ¡La aprovecharemos!

ESCENA II

DICHOS y la SUPERIORA

M. SUP. ¿Todavía honrándonos con su visita, reverendo padre?

CLETO Honrándome aún con su compañía, reverendísima madre.

DIEGO Me decía el señor Cura que no había querido comunicar á usted ciertas noticias relativas al rapto de la pensionista Julia, por temores que solo son comprensibles en una conciencia tan tímida y escrupulosa como la suya.

M. SUP. Pero, ¿hay más de ese desdichado asunto?

CLETO Crea usted, madre, que estoy apenado con lo que sucede. Las tribulaciones de esa pobre muchacha y los errores de ese hombre, más equivocado que delincuente, me quitan el sueño y la tranquilidad.

DIEGO ¡Bondadoso corazón!

M. Sup. ¿Y qué es ello?

Cleto El desgraciado Manolo está demostrando que su aventura no obedeció á otra cosa que á un apetito carnal repugnante; á un hecho más de su vida crapulosa de descreído.

M. Sup. ¡Alabado sea el Señor!

Diego ¡Por siempre y por todos sea alabado!

Cleto Yo quisiera, al contárselas á usted, vestir las faltas de Manolo con una tupida tela que ocultara las deformidades del monstruo; pero de mis labios no puede ni debe salir más que la verdad, hija de Dios, que es la verdad suprema.

M. Sup. Me asusta usted. ¿Qué ha hecho ese hombre?

Cleto Al poco tiempo de clausurarse á Julia, empezó á olvidarla.

M. Sup. ¡¡Es posible!!

Cleto Su domicilio habitual eran las tabernas, las casas de juego y los lupanares.

M. Sup. ¡Qué horror!

Diego ¡Qué vergüenza!

Cleto ¡Ha engañado á otra infeliz mujer; ha hecho presa suya á otra inocente que hoy llora sin consuelo la falta cometida!

M. Sup. ¡Jesús! ¡Ese hombre es un Sardanápalo!

Diego ¡Un asesino de virtudes!

Cleto (Hipócrita.) Perdón, reverenda madre; indulgencia, señor capellán, para ese desventurado víctima de la tentación.

Diego Yo creo que incurriríamos en un horrendo pecado no dando cuenta en seguida á Julia de este nuevo delito del hombre en quien cree todavía.

M. Sup. ¡Pero esa infeliz se morirá al saberlo!

Diego ¿Y qué es morir cuando, caída la venda de nuestros ojos, vemos que esta mísera existencia terrena es lodo nada más? Por otra parte, le queda un recurso para consuelo de sus desengaños y para la purificación de su alma; la vida religiosa. El claustro la brinda su inefable paz.

M. Sup. ¡Es cierto!

Diego ¿Y quién mejor que usted, madre reveren-

dísima, para indicar á esa pensionista lo que conviene á su ventura?

M. SUP. ¡Oh, si yo pudiera!

DIEGO. En su mano está.

CLETO. ¡Sólo en su mano! (Hablan bajo.)

ESCENA III

DICHOS, RAFAEL, DEMANDADERA y la RELIGIOSA, que no hace más que salir y hacer mutis inmediatamente

DEM. (A Rafael.) Tenga la bondad de esperar en aquella reja. (Toca la campana y vase.)

RAF. ¡Pobre hermana mía! Tan desgraciada es, que quizá no tenga hoy en la familia otro cariño que el mío. (Se acerca á la reja y espera.)

M. SUP. (A los dos curas.) ¡Se hará! ¡Se hará como ustedes dicen! ¡Con perdón, han llamado! (Va á la reja, y dirigiéndose á Rafael, dice:) ¡Deo gracias! (Al ver á la Religiosa, que acude al sonido de la campana, la hace una seña indicándola que se retire, como lo hace.)

RAF. ¡A Dios siempre sean dadas!

CLETO. (Intranquilo, al oir á Rafael.) ¡Yo conozco esa voz!

M. SUP. ¿Qué desea usted?

RAF. Soy hermano de doña Julia Mestanza, y solicito el favor de que se me permita abrazar al ser querido separado de nosotros hace tanto tiempo.

CLETO. (Aparte, con viveza.) (¡Imposible; es un adversario!) (Corre á la reja y hace señas á la Superiora de que se reuna al Padre Diego y á él.)

M. SUP. (A Rafael, al notar las señas de don Cleto.) Dispénseme un instante. Voy á dar cuenta... (Viene á primer término con don Cleto y Padre Diego. Rafael sigue esperando al pie de la reja.)

CLETO. (A la Superiora.) ¡No consienta usted de ningún modo!

RAF. (Dirigiendo una mirada á su alrededor.) ¡Pobre Julia! ¡Qué triste es todo esto!

CLETO. Es hermano de Julia, efectivamente; pero se ha pasado al enemigo y nos odia. ¡Es otro hereje!

M. SUP. ¡Comprendido! (Vuelve á la reja.)

CLETO (Al Padre Diego, por Rafael) Permanece neutral; pero el que es neutral está en contra nuestra.

M. SUP. (En la reja, á Rafael.) ¡Deo gracias!

RAF (Impaciente.) ¿Y bien?...

M. SUP. ¿Trae usted carta especial ó autorización para la visita?

RAF. ¡Sin duda ha olvidado usted que soy hermano de Julia!

M. SUP. No basta.

RAF. (Asombrado.) ¿Que no basta?

M. SUP. Nuestro reglamento y órdenes superiores que hemos recibido nos prohiben acceder á lo que usted pide.

RAF. Pero, ¿hay alguna ley que impida á un hermano visitar á su hermana?

M. SUP. ¡La falta de esa hermana!

RAF. (Con energía.) Pero esa falta, si existe, no puede herir á nadie más cruelmente que al que lleva en sus venas la misma sangre que la que delinquió. ¿Quién se atreve á ser más severo que el más ofendido?

M. SUP. La justicia debe ser inexorable..

RAF. (Con amargura y en tono de reproche.) Nunca había oído pronunciar la palabra *inexorable* en la casa del Dios que todo lo perdona. ¿Qué fatalidad persigue á esa desgraciada, que no halla en su camino más que seres inexorables? (Persuasivo.) Es usted religiosa y es usted mujer: dos razones para tener el corazón propenso á la indulgencia. Yo la suplico á usted que me permita ver á una pecadora que hace mucho tiempo debió ser perdonada en el cielo.

(Los dos curas hacen señas á la Superiora para que diga que nó.)

M. SUP. Mis deberes me lo prohiben en absoluto.

RAF. (Con una indignación serena pero terrible.) No insisto; ya no me extraña el frío glacial que he sentido al entrar aquí; en un sitio donde falta el calor del amor y de la caridad. Aquí todo es gris; las paredes, los sentimientos y el alma. Aquí se vive muriendo, sin un rayo

de sol, sin un rayo de esperanza, sin un rayo de alegría. Los tristes para siempre, como ustedes, son egoístas por fuerza, y el egoísmo no es la mejor escala para subir á las alturas celestes. Compadezco á mi hermana por su martirio temporal, pero también la compadezco á usted por su penar eterno. Mi hermana tiene, por lo menos, uno en el mundo para quererla. Usted, siendo como es, ya no debe tener á nadie que la quiera. ¡Dios la guarde, Dios la juzgue y... Dios la perdone! (Vase lateral izquierda.)

M. SUP. (A los dos curas, volviendo á primer término.) ¿Han oído ustedes? ¡Me ha impresionado!

DIEGO (Reconviniéndola.) Pues no tarde en confesar esa impresión ante el tribunal de la penitencia. ¡Es un pecado!

CLETO ¡Ya le decía yo á usted que era un enemigo!

ESCENA IV

DICHOS y JULIA. A poco Julia y Superiora solas, y al final de la escena dos frases de don Cleto y el Padre Diego

JULIA (Desde el umbral de la puerta foro derecha.) ¡Reverenda madre!

LOS TRES ¡Julia!

JULIA (Sin fijarse más que en la madre Superiora.) ¡Es la hora, y mi madre no viene! ¿Vendrá?

M. SUP. Sí, hija mía. Hoy la verá usted. Me lo prometió.

DIEGO (A la Superiora.) Madre, nuestro deber nos llama. Volveremos.

M. SUP. El Señor les acompañe.

(Al ir á hacer mutis don Cleto con el Padre Diego, ve Julia al primero y se lanza á su encuentro, arrodillándose á sus pies.)

JULIA (A don Cleto, suplicante.) ¡Señor Cura! ¡Señor Cura, perdón para los dos!

CLETO (Haciendo mutis impasible.) ¡Todavía! ¡Todavía! (Mutis de don Cleto y Padre Diego por foro derecha.)

JULIA (A la Superiora, después de seguir un momento con la

vista á don Cleto.) ¡Madre! ¿Qué otra desgracia ha traído ese hombre para mí?

M. Sup. ¡Julia! (Se sientan las dos.)

Julia No le he visto una vez sin que la fatalidad haya dejado de herirme. Es mi ángel malo; es el causante de una muerte que veo llegar más despacio de lo que yo quisiera.

M. Sup. ¡Siempre la misma idea! ¡No se arrepentirá usted nunca!

Julia ¡Arrepentirme!

M. Sup. ¿Cuándo entrará la divina luz en esa cabecita romántica?

Julia ¡Acabarán por volverme loca!

M. Sup. ¡Olvídele! ¡Olvídele!

Julia ¡¡Olvidar á mi marido!!

M. Sup. Ese pretendido matrimonio se anuló.

Julia Necesito una prueba. Es lo menos que se me puede dar para que yo me resigne á ser desgraciada para siempre.

M. Sup. Una prueba, pobrecita mía, ¿quiere usted una prueba?

Julia ¿La tiene usted? (Asustada.)

M. Sup. Sí.

Julia ¿Aquí?

M. Sup. Aquí. ¡¡Don Manuel la ha olvidado á usted!!

Julia (Poniéndose en pie y con una emoción intensa.) ¡Mentira!

M. Sup. (Reprendiéndola.) ¡Julia!

Julia No se ofenda usted. ¿Qué es una frase contra una puñalada en el corazón?

M. Sup. No sólo la ha olvidado á usted, sino que con su conducta licenciosa está siendo el escándalo de todos los que le conocen.

Julia ¡Calumnias de don Cleto! Adivinaba que algo habría dejado para mí en su visita

M. Sup. No son calumnias, Julia.

Julia ¿Cómo puede usted imaginarse...?

M. Sup. En las vaguedades puede haber fundamento para la incredulidad; pero cuando se cita un hecho concreto... que es un nuevo crimen...

Julia ¡Nuevo crimen!

M. Sup. ¡Sí! Acaba de engañar á otra pobre niña, á otra inocente débil, como usted, para resis-

tir las tentaciones. ¡Don Manuel, hoy no tiene una víctima: ¡¡tiene dos!!

JULIA (Frenética de dolor.) ¡El! ¡Manolo! ¡Otra! ¡Otra mujer! ¡Otra mujer que... no soy yo! (Sollozo desgarrador que la sume en amargo llanto unos momentos. La Superiora la quiere acariciar para consolarla, y ella, separándose bruscamente, se pone á alguna distancia y sigue llorando. Después del acceso y con tristeza infinita.) ¡Si me ha dicho usted la verdad, ha sido usted muy cruel! ¡Si me ha mentido, es usted muy infame!

M. SUP. Los insultos del dolor no ofenden. Míreme usted á los ojos, y se convencerá de que ni he mentido ahora ni he mentido nunca.

JULIA ¿Será verdad? ¿Habré perdido el mundo entero por un hombre que se aprovecha de la prisión que sufro por él, para engañarme á mí engañando á otra? ¿Será tan vil el corazón que yo creí mejor que todos los corazones?... (Nerviosa, excitadísima; como demente por la pena, pero sin llorar ya.) ¡Hable usted; no tema! En lo que está muerto ya no pueden hacer sufrir los navajazos. ¿Es bonita? ¿Es buena? ¿Le quiere? ¿Se quieren? ¿Se quieren los dos?

M. SUP. (Con dulzura.) Julia, por nuestro Señor, calma. Los amores terrenos son así: engaño, falsedad, traición. Sólo hay uno infinitamente bueno, infinitamente fiel, y más grande que la extensión de todos los mundos: (Señalando al Cielo.) el amor de Aquel.

JULIA (Que continúa en su estado de excitación.) Y serán felices, ¿verdad? ¡Tendrán su casa, su nido, su pedacito de paraíso! ¡Se reirán de mí; de esta pobre tonta que ha dejado encerrar para siempre su juventud! ¿Verdad que se reirán, madre? ¿Verdad que se reirán, sobre todo ella?

M. SUP. (Alarmada con la actitud de Julia.) ¡Me asusta usted! ¡Por Dios, Julia!

JULIA Asustarse, ¿por qué? ¡Si yo también me río de ellos! ¡Si yo también me río! ¡Ja, ja, ja! (Carcajada histérica, desesperada, aterradora.)

M. SUP. ¡Julia! (La abraza con cariño. Julia rompe en llanto

desesperado. Permanecen abrazadas. En este momento se asoman por foro derecha el Padre Diego y don Cleto.)

DIEGO ¡La invención hizo su efecto!

CLETO ¡Después la cartita... y triunfaremos! (Se ocultan don Cleto y Padre Diego.)

JULIA ¡No sé lo que siento! ¡El dolor ha embotado mis sentidos! ¡No puedo pensar... ahora que necesitaba de mi razón más que nunca! (Pausa.) Tiene usted razón, Madre. Aquí estaba triste; pero ¿dónde estaré menos triste que aquí? Si la tristeza infinita que me consume va conmigo, ¿qué importa el lugar adonde la lleve? ¡Quién sabe, Madre, quien sabe! Ya no me aterra la idea de profesar... ¡y esto es algo! ¡Esto es mucho!

M. SUP. ¡Cálmese, cálmese, ante todo! (Julia cae en otro acceso de llanto, y la Madre Superiora, después de besarla, se retira á paso lento por foro derecha sin dejar de mirarla.)

ESCENA V

JULIA, abstraída con su dolor; DEMANDADERA. En seguida MANOLO y VICENTE

DEM. (Cautelosamente por lateral izquierda.) ¡Estoy temblando! ¡Si me sorprendieran avisándola, ó los sorprendieran á ellos cuando...! (Mirando por la reja ve á Julia y la llama.) ¡Chist! ¡Chist! ¡Señorita! ¡Señorita Julia!

JULIA ¿Quién me llama?

DEM. ¡Chist! ¡Chist!

JULIA (Se acerca á la reja.) ¿Quién me llama?

DEM. ¡Silencio, por Dios! Mire usted si alguien puede vigilarla por dentro, y vuelva después.

JULIA Pero ¿qué ocurre?

DEM. No pierda tiempo, por la Virgen, que corremos un peligro grande.

JULIA (Mira á derecha é izquierda por la puerta del foro y vuelve en seguida á la reja.) ¡Nadie!

DEM Pues no se mueva de aquí que van á venir

á hablarla dos personas. (Vase corriendo lateral izquierda.)

JULIA ¿A mí? ¿Hablarme á mí y con este misterio? (Aparecen Manolo y Vicente. Manolo se dirige rápidamente á la reja del locutorio asiéndose frenéticamente á los hierros.) ¡¡Manolo!!

MAN. ¡Julia! ¡Esposa mía! ¿Te sorprende acaso? ¿Ignoras que desde el día de tu prisión he pasado mi vida rondando el convento, tratando de sobornar á todo el mundo, procurando verte?

JULIA ¡Tú! ¿Tú has procurado verme?... (Con alegría suprema.) Entonces... entonces... ¡¡era mentira!!

MAN. ¿Mentira?

JULIA Acaban de decirme, de asegurarme, de jurarme que me habías olvidado. ¡He llorado mucho, mucho! ¡Tales detalles me dieron! ¡Decían..., pobre de mí, que me abandonabas, que querías á otra!....

MAN. ¡Qué infames ellos y qué inocente tú! ¡Abandonarte yo, cuando eres lo único que adoro en mi vida! ¡Querer á otra! ¡Sí; he querido á otra! ¡Quizá menos que á ti! ¡¡A mi madre!!

JULIA ¡Gracias, gracias, Dios mío! ¡Malditos hierros que me impiden ir á tus brazos! ¡Y yo que casi les había prometido profesar!

MAN. ¡Qué alegres se pondrían las hienas que acechan tus despojos! ¡Te quiero más que nunca; con delirio, con frenesí, con locura! ¡Como no ha querido nadie en la vida... porque nadie ha sufrido lo que yo!

JULIA ¡Virgen Santísima, qué feliz soy!

DEM. (Forcejeando con Vicente, que en la puerta lateral izquierda le impide entrar.) ¡Pero, señorito! ¿Usted quiere que nos lleven á todos á la cárcel?

VIC. ¡Espérese usted un siglo, señora! ¿No ve usted que están en el prólogo? (La rechaza.)

MAN. ¡Falso, falso en absoluto! Es cierto que un tribunal eclesiástico, mas dúctil al dinero que amoroso de la justicia, ha declarado la nulidad de nuestro matrimonio; pero yo me apresuré á apelar, y tengo la completa, la

más fundada seguridad de que ganaremos la apelación.

JULIA ¡Canallas, cobardes, fieras! ¡Me han visto morir de dolor y de pena, y no han tenido ni un momento de vacilación para llevar adelante su mentira!

MAN. No creas nada ni á nadie. Te quiero y te querré contra todo y contra todos. ¡Mira si te querré... que he dejado en suspenso mi venganza por el temor de perderte!

DEM. (A Vicente, en la puerta.) ¡Señorito, señorito, que vienen!

VIC. ¡Diablo de mujer! ¿Querrá callarse?

DEM. ¡Déjeme pasar ó grito!

VIC. (Dejándola pasar.) ¡Maldita sacristana!

DEM. (Corre á la reja y dice á Manolo y á Julia.) ¡Señorita Julia, escóndase sin tardanza! ¡Señorito, fuera, fuera en seguida, que están llegando!

MAN. Dentro de un cuarto de hora debo volver. Si consiente usted la nueva entrevista obedezco y salgo; si no consiente usted me quedo, suceda lo que suceda.

DEM. (Después de vacilar un segundo.) Consiento; pero ¡fuera, fuera por favor!

JULIA (Con toda el alma.) ¡Adiós!

MAN. ¡Adiós, no! ¡Adiós, nunca! ¡¡Hasta pronto!!

(Julia hace mutis por foro derecha y Manolo y Vicente por lateral izquierda. La Demandadera, después que ve marcharse á ellos, se queda mirando y escuchando por la reja.)

ESCENA VI

DEMANDADERA. A poco, el PADRE DIEGO por foro izquierda

DEM ¡Gracias á Dios! Son generosos, pero atrevidos en demasía. Si la señorita Julia no ha tenido ningún contratiempo, nos hemos salvado. (Aparece el Padre Diego, quedándose en foro derecha, con los brazos cruzados y mirando fijamente á la Demandadera. Esta, ocupada en observar por la reja, no le ve.) ¡Nada se oye! ¡Nos hemos sal-

vado! (Al volverse, se encuentra con el Padre Diego, da un grito y se queda parada también.) ¡Ay!

DIEGO ¿De qué se asusta usted si tiene la conciencia tranquila?

DEM. (Azorada.) ¡Es que... vamos... yo. . como!...

DIEGO (Friamente.) ¿En cuánto ha vendido usted su fidelidad, y la confianza que en usted teníamos depositada?

DEM. Le juro á usted, señor capellán...

DIEGO ¡También perjura! (Avanzando hacia ella.) ¿Cuándo va á volver esa gente?

DEM. ¡Nunca! ¡Ya no van á volver nunca; no, señor!

DIEGO ¡Se empeña usted en que la interroguen las autoridades!

DEM. ¡No; eso no; por lo que usted más quiera!

DIEGO ¿Cuándo va á volver esa gente?

DEM. ¡Dentro de un cuarto de hora!

DIEGO (No hay que perder tiempo.) Cuando lleguen, ¡ni una palabra siquiera de lo que hemos hablado! Como si la traición de usted continuara sin descubrirse; ¿me entiende usted?

DEM. ¡Muy bien, sí, señor, muy bien!

DIEGO Tenga presente que se la vigila.

DEM. Pero, ¿estoy perdonada?

DIEGO (Con sonrisa intencionada y cruel.) ¡Nosotros... perdonamos siempre! (La hace una seña imperiosa para que se retire. Antes de hacer mutis la Demandadera entra doña Andrea)

ESCENA VII

PADRE DIEGO, DOÑA ANDREA, una RELIGIOSA y la DEMANDADERA que al ver á doña Andrea, toca la campana y hace mutis por lateral izquierda

DIEGO ¡Mi señora doña Andrea!

AND. ¡Señor Capellán!

DIEGO ¿Emocionada?

AND. ¿Quién, en mi caso, no estaría algo emocionada también?

DIEGO Cierto. Al fin y al cabo es su hija, y una hija rebelde.

AND. ¡Para una hija rebelde, una madre inflexible!

RELIG. (En la reja, desde el locutorio interior.) ¡Ave María Purísima!

DIEGO Tenga la bondad de decir á la Madre Superiora que está esperando aquí la señora madre de la pensionista Julia. (Se retira la Religiosa por foro derecha. A doña Andrea.) ¡Valor, señora! ¡Valor y entereza!

AND. Entereza y valor no me faltan, porque me los inspira mi inquebrantable fe religiosa. Antes de ver á mi hija casada con un malvado que se burla de las divinas creencias católicas... que suceda lo que el Señor disponga.

DIEGO ¡Si todas las madres fuesen como usted!...

AND. Yo cumplo y cumpliré siempre con el primer mandamiento: «Amar á Dios sobre *todas las cosas.*»

(Se ve cruzar á Julia y Superiora por el foro derecha en dirección al locutorio exterior, apareciendo en seguida en éste por foro derecha. La Superiora, en la misma puerta, da un beso á Julia en la frente, le indica á su madre y hace mutis.)

DIEGO ¡Ojalá se decida ella á cumplir también con el cuarto mandamiento: «Honrar padre y *madre.*»

(Se presentan Julia y la Superiora, hacen lo indicado anteriormente, y Julia, al ver á su madre, da un grito, corre hacia ella arrodillándose á sus pies, y cogiéndola una mano se la besa repetidas veces antes de poder hablar.)

ESCENA VIII

DICHOS, JULIA y SUPERIORA

JULIA ¡Madre! ¡Madre mía! Por fin has venido á verme; por fin te has apiadado de tu pobre hija; de este pedazo de tu alma que tanto te quiere. (Doña Andrea permanece impasible.) ¿Eran tan horrendos mis delitos que no merecían el perdón de una madre? ¿Eras tan dura de

corazón que habías conseguido olvidarme? Yo no te he olvidado jamás, á pesar de tu severidad. Te quiero como siempre, te quiero más que nuuca, porque la separación ha aumentado mi cariño. Aquí no me quiere ninguno; aquí no quieren á nadie ni se quiere nadie. ¡Qué ganas tenía de que vinieras para que me besaras! Los labios se han hecho para algo más qne para rezar. ¡Abrázame! ¡Bésame, madre mía!

AND. (Con mucha frialdad.) ¡Señorita!

JULIA (Con doloroso asombro.) ¡¡Señorita!!

AND. Yo he venido á convencerme de si ha llegado el momento de recuperar á una hija ó de si debo llorarla como muerta para siempre.

JULIA (Poniéndose en pie.) ¿Qué dices?

AND. Una madre como yo, quiere en los suyos más el alma que el cuerpo, porque el alma es inmortal y puede cifrarse en ella un amor eterno. Si has vencido esa funesta pasión que tan desgraciados nos ha hecho á todos, mis brazos te esperan. Si persistes en el empeño de pertenecer á un impío, el Ser Supremo me dará fuerzas para llorarte... y para olvidarte. ¡O ese hombre ó tu madre!

JULIA Pero ese hombre es mi marido.

AND. ¡Ese hombre es tu raptor!

JULIA ¡Estamos casados!...

AND. Si ese matrimonio pudiera ser válido, que no lo es, estaríais casados de un modo vergonzoso. ¡Los sacramentos no se roban!

JULIA Si este matrimonio se anulara, ¿en qué situación quedaría tu pobre Julia?

AND. Tendría una hija ultrajada, pero no una hija condenada.

JULIA Manolo...

AND. Manolo te ha robado tu cariño, te ha robado el amor de tu madre y te ha robado el alma. ¡Y tú quieres más á ese triple ladrón que á la mujer que te ha llevado en sus entrañas!

JULIA (Tapándose la cara con las manos, horrorizada.) ¡Jesús! (El Padre Diego se acerca á doña Andrea y le dice en voz baja.)

DIEGO (Un poco de ternura sería ahora de gran efecto.) (Doña Andrea se acerca á Julia, le coge una mano y la habla, desde este momento, con menos dureza que antes.)

AND. ¡Aun creo en ti; aun espero poderte querer como te he querido siempre; como te quiero todavía!

JULIA (Con afán.) ¿Todavía?

AND. Como te quiero todavía, suponiendo que te avengas á renegar en absoluto del pasado, y á comenzar un porvenir más en armonía con los deseos de todos los que te quieren bien.

JULIA (Con amargura.) ¡Comprendo!

AND. ¡Ya sabrás que Manolo acaba de escandalizar al mundo!..

JULIA ¡Falso; eso me hicieron creer esas gentes, con las intenciones que ahora adivino; pero es falso, es una miserable calumnia! La nulidad del matrimonio no es definitiva; Manolo ha apelado y ganará la apelación. Manolo me adora como desde el principio de nuestros amores. Vosotros, vosotros solos, sois los que trabajais sin descanso para conseguir mi desdicha. Una alianza de bastardos intereses capitaneada ¡es increíble! por mi propia madre.

AND. (Iracunda.) ¡Silencio! ¡Calle la que no respeta ni á las personas ni al lugar! La mayor desgracia de tu madre... ¡es ser madre tuya!

JULIA (Desesperada.) ¡Sostenme, ampárame, Dios mío, que no puedo más!

DIEGO Permítame usted que intervenga para demostrar á esta injusta niña que hemos sido mucho mejores de lo que ella cree. (Mirando á Julia con intención.) ¡Ayer recibimos una carta!...

JULIA (Ansiosa.) ¿Para mí?

DIEGO Una carta que no hemos querido entregar á usted por no matar su corazón de un solo golpe. Ya que no hay más remedio; ya que la obcecación suya llega á bastardear nuestros sentimientos hasta un extremo inconcebible, ¡tome y lea! (Le da una carta.)

JULIA (Mirando la carta con miedo.) ¿Qué nueva ponzo-

ña habrá en este papel? ¿Qué nueva intriga encerrará este sobre?

DIEGO ¡Lea!

AND. ¡Lee!

JULIA (Mirando la letra.) ¡De Manolo!

DIEGO ¡Sí; de Manolo!

JULIA ¡Es su letra; no cabe dudarlo! (El Padre Diego sonríe maliciosamente. Lee.) «Al Padre Diego»... ¿Para usted? ¿Le escribe á usted?

DIEGO ¿Por qué no?

JULIA (Leyendo.) «En la voluntad de usted consiste que cese esta lucha ruinosa para todos. Por razones que usted no desconoce, estoy en un excelente estado de ánimo para capitular; pero no le rendiré á usted la fortaleza sin que se me abonen daños y perjuicios. Doña Andrea es rica...»

AND. ¡Canalla!

JULIA ¿Estaré soñando?

DIEGO (A Julia.) ¡Continúe!

JULIA (Lee.) «Doña Andrea es rica; la dote de Julia es importante. Partamos. Ya ve usted que no soy egoísta...» (Como dudando de lo que ha leído, repite la lectura de las últimas palabras).

AND. (Al Padre Diego.) ¡Y se había reservado usted este padrón de ignominia!

JULIA (Me siento morir sin remedio. ¡Es su letra; la conozco bien!)

DIEGO (Viendo á Julia casi desfallecida, la coge la mano en que tiene la carta, y después de decir lo que sigue, lee por ella.) ¡Lea, lea usted! ¡Aquí! ¡Aquí! (Leyendo.) «No me intimida que participe usted á Julia mi última felonía amorosa, como usted la califica. No le creerá. Mi influencia sobre ella es tal, que me bastará hablarla un segundo nada más para deshacer todas las afirmaciones de usted, y conseguir que pasen por calumnias.» (Quitando la carta á Julia, y guardándosela.) Califique usted ahora nuestra conducta, y confiese si hemos pecado por exceso de maldad, ó por exceso de benevolencia. (Julia está como aletargada por la pena.)

AND. ¡El corazón de una madre no se equivoca nunca!

JULIA (Con un aplanamiento infinito.) ¿Soñaré despierta, ó habré perdido el juicio? ¿Es posible que pueda caer tan bajo el ser que nuestro corazón coloca tan alto? (Aparece la Superiora, que se queda en foro izquierda presenciando el final de la escena.) El me convenció, es verdad; pero... ¡le ha sido tan fácil convencerme siempre! ¡Mi ídolo! ¡Mi Manolo feriando el cariño de la que todo lo arrostró por él!

(Cae otra vez en su ensimismamiento. El Padre Diego hace una seña á la Superiora para que se encargue de Julia, y se acerca á doña Andrea para decirla:)

DIEGO (Conviene que se retire usted ahora. Venga esta noche; la esperamos. Hoy quedará roto para siempre el nudo de estos malditos amores.)

(Doña Andrea se acerca á Julia, que no se da cuenta de nada; la besa en la frente y se retira en silencio por lateral izquierda.)

M. SUP. (A Julia.) ¿Se convence usted, hija mía, de que eran una dolorosa verdad mis acusaciones?

JULIA Hay sufrimientos tan grandes que no nos dejan verter ni una sola lágrima. ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Morir tán pronto!

M. SUP. ¡Vamos, hija mía, vamos!

(Julia, como si hubiese perdido la voluntad, se deja conducir automáticamente. Llevada por la Superiora sale por foro izquierda, entra por foro derecha, y cae sobre la silla que, al lado de la mesita, hay en el locutorio interior. El Padre Diego las sigue con alegría satánica, y en cuanto ve á Julia sentada y acongojadísima, hace otra seña á la Superiora indicándola que los deje solos. La Superiora hace mutis por foro derecha.)

JULIA (Ya en la silla.) ¡No puedo más; siento que se paraliza mi corazón y que se me escapa la vida. ¡Todos crueles, todos malos!... ¡y él peor y más cruel que ninguno!

DIEGO En tanto que usted sufre, él goza y espera risueño un porvenir de locuras. Dicen que es hermosa su nueva víctima. Muy hermosa.

JULIA (Con una contracción nerviosa.) ¡Calle, calle por Dios!

DIEGO Yo no aseguraría que él la quiere. Ese hom-

bre *desea*, pero no quiere á nadie. ¡Quizá consiga regenerarle el nuevo amor!

JULIA (Casi loca.) ¡¡El nuevo amor!! ¡Basta! ¡basta!

DIEGO (Muy insinuante.) ¿Por qué no le escribe usted?

JULIA ¡Escribirle!

DIEGO Que sepa, por lo menos, que no ignora usted su traición. Dos palabras bastan: las leerá *la otra*.

JULIA ¡La otra!

DIEGO ¡Vamos!.. No es venganza; es castigo... (La prepara el papel y la obliga á coger la pluma, abusando del embotamiento de su voluntad.) ¡Escriba usted. (El Padre Diego dicta y Julia escribe maquinalmente.—Dictando.) «No pienses más en mí...» (Sollozo desesperado de Julia que, sin embargo, sigue escribiendo.—Dictando.) «No pretendas volver á verme jamás, porque todo será inútil.» ¡Escriba usted, escriba! (Dictando.) «He decidido, irrevocablemente, consagrarme á Dios. Sé más feliz de lo que me has hecho.—Julia.» (Apoderándose ansiosamente de la carta y guardándola con alegría.) Basta. Ahora es cuando empieza la verdadera vida de usted. Ahora es cuando da principio la felicidad á que era usted acreedora.

(Julia hace mutis por foro derecha, mirando siempre al Padre Diego con un horror insuperable y diciendo en tono de desesperación.)

JULIA ¡Mi felicidad! ¡Es posible, porque conozco que se me va acabando la vida! (Mutis.)

ESCENA IX

PADRE DIEGO; á poco la DEMANDADERA. Después MANOLO

DIEGO (Muy alegre.) El triunfo se avecina. Todo lo puede la astucia. ¡Ya es nuestra, ya es nuestra! Demos el último golpe y la victoria será completa. (Mutis por foro derecha en dirección al locutorio exterior.)

DEM. (Que entra buscando al padre Diego.) ¡Señor capellán! (Llamando.) ¡Señor capellán! (Aparece el

padre Diego por foro izquierda, y la Demaudadera, señalando hacia lateral izquierda, le dice:) ¡Ahí está!

DIEGO ¡Hágale pasar! (Mutis de la Demandadera por lateral izquierda.) ¡La fiera tiene ya cortadas las uñas! No es de temer. (Entra Manolo rápidamente. Al ver al padre Diego se detiene y se queda mirándole con fijeza desafiadora.)

MAN. ¡Usted!

DIEGO ¿Le extraña encontrarme, siendo ésta mi casa? (El padre Diego enplea un tono compasivo y semiprotector.) ¿Viene usted con la pretensión de ver á Julia?

MAN. ¡Ha acertado usted!

DIEGO. ¿Para qué?

MAN. (Con energía.) Para convencerla de que nuestra causa se ganará; para evitar que el desaliento y las calumnias de ustedes acaben con su vida, ya que estoy seguro de que no podrán acabar nunca con su amor.

DIEGO (Sonriendo.) Es inútil.

MAN. ¿Inútil?

DIEGO Tengo encargo de Julia de manifestar á usted que no quiere volver á verle jamás.

MAN. (Burlón.) ¿De veras?

DIEGO Se lo aseguro.

MAN. ¿Y se imagina usted que yo soy tan crédulo que tome sus palabras como artículos de fe? Nos conocemos, padre Diego. Nos conocemos, me consta que es usted capaz de todo... ¡y entre ese todo está la mentira!

DIEGO ¡Imprudente, audaz! ¡Audaz con la audacia del pigmeo que no ha visto nunca un hombre más fuerte que él! (Dándole la carta de Julia.) ¡Tome, lea.. y niegue! (Manolo lee rapidamente. Después de leer se abalanza sobre el padre Diego, le ase violentamente de un brazo, y zarandeándole al mismo tiempo que habla, le dice·)

MAN. ¡Falsa! Esta carta es falsa. Tú eres capaz de todo: de falsificar, de asesinar... de lo que consideres preciso para tus planes. Esta carta es falsa ó arrancada por la fuerza. ¡Mira! (Rompiendo la carta.) ¡Mira el caso que hago yo de tu artería! ¡Era tu obra! ¡Tómala! (Le tira al rostro los pedazos de la carta.)

DIEGO (Conteniendo á duras penas la indignación que le produce el terrible insulto que acaba de recibir.) ¡He tolerado... hasta la violencia! No puede usted quejarse de mi paciencia ni de mi humildad. Recuerde usted las palabras bíblicas: «Los que tengan ojos, que vean; los que tengan oídos, que oigan.» Va usted á convencerse por sus propios ojos y por sus propios oidos. (Vase rápidamente por foro izquierda, después de hacer á Manolo un saludo, que más bien es una amenaza. Se le ve cruzar por foro derecha.)

ESCENA X

MANOLO, VICENTE. Más tarde JULIA, SUPERIORA y PADRE DIEGO

MAN. ¡Dudo, á pesar mío! ¡Es tanto el poder del tirano sobre el esclavo!

VIC. (Que llega por lateral izquierda, sofocado de tanto correr.) ¡Gracias á Dios que te encuentro! ¿Quién eres tú para ir á ninguna parte sin tu satélite?

MAN. ¿Ves esos pedazos de papel? (Señalando los restos de la carta que hay en el suelo.) Si se confirma lo que decían, me mato.

VIC. Tendré que acompañarte. ¿Cómo te dejo solo?

MAN. Me dice que desista, que la olvide, que ya no quiere verme jamás.

VIC. ¡Oye! Vámonos á que te vea un médico; luego volveremos.

MAN. ¡Ojalá sea demencia mía!

VIC. Estaría bueno que ésto terminara. ¿Qué iba á hacer yo entonces?

(Julia, Superiora y padre Diego salen por foro derecha al locutorio exterior. Las primeras se aproximan á la reja y el último sale á reunirse con Manolo y Vicente.)

DIEGO (Antes de separarse de Julia y Superiora dice á la primera misteriosamente:) ¡Está frenético porque hemos descubierto sus planes! (Con ensañamiento, a Julia.) *La otra* le está esperando en un coche á la puerta del convento. ¡Ha ve-

nido á hacer su última comedia! (Sale á reunirse con Manolo y Vicente.)

JULIA ¡Aquella carta! ¡Aquella carta! ¡Valor! ¡Que sea feliz él siquiera, ya que no podamos serlo los dos!

DIEGO (Que ha salido al locutorio exterior, dice á Manolo:) Ella está ahí. (Señalando la reja.) Escúchelo de sus propios labios.

MAN. (Corriendo desesperado á la reja.) ¡Julia! ¡Julia mía! Estos miserables han querido enloquecerme con una carta que dicen que es tuya. ¡Es falsa! ¿verdad? ¡Es obra de ellos! Tú no puedes olvidarme; no puedes mandarme que te olvide, porque tú y yo somos el cuerpo y el alma de un sólo ser, inseparables como no sea con la muerte. ¡Desmiéntelos; habla, habla por Dios, para que yo pueda confundirlos y aniquilarlos con mi alegría!

JULIA (Aparte á la Superiora.) ¿Habla así la traición?

M. SUP. (Aparte á Julia.) ¿Y su carta de ayer al padre Diego?

MAN. (Con una impaciencia desgarradora) ¡Callas! ¡¡Callas!!

JULIA Ayer se recibió en el convento una carta que dicen que es tuya. Aunque llevaba tu firma, yo lo negué. ¿Verdad que no era tuya?

MAN. ¿Y á qué negarlo? La cobardía es el delito mayor del hombre. ¡Aquella carta era mía!

M. SUP. (A Julia.) ¿Lo oye usted?

JULIA (Desfalleciendo.) ¡Me muero!

MAN. (Frenético.) ¡Habla! ¡Contesta!

M. SUP. ¡Animo, ánimo, Julia!

JULIA (Con un último y supremo esfuerzo de voluntad.) ¡También la carta de hoy es mía; mía solo! ¡Adiós para siempre! ¡¡Para siempre!! ¡¡Para siempre!! (Cae desmayada en brazos de la Superiora.)

MAN. (En un terrible delirio de dolor y de ira.) ¡No! ¡Yo he escuchado mal! ¡Mi cerebro se trastorna, y oye lo que no puedes decir! (A Vicente, zarandeándole con violencia.) ¡Tú, que no la quieres como yo, y que no puedes engañarme, dime la verdad por la salvación de tu alma, por nuestro cariño, por tu madre! ¿Ha dicho

«adiós para siempre»? (Pausa brevísima.) ¡No calles tú también! ¡Habla, por Dios! ¡Te lo pido de rodillas! ¿Ha dicho «adiós, para siempre»?

VIC. (Triste, y sin entonación cómica de ninguna clase.) ¡Sí! ¡Adiós para siempre!

MAN. (En el colmo de la desesperación.) ¡¡Lo ha dicho!! ¡Llorar! ¡¡Quiero llorar!! ¡¡Necesito llorar!! ¡¡Me ahogo!! ¡¡Para siempre!! ¡¡Para siempre!! (Estalla en un sollozo inmenso de dolor,)

VIC. (Abrazándose á él para compartir su dolor, y procurando consolarle.) ¡Manolo! ¡Manolo!

ESCENA XI

DICHOS, DON CLETO, que entra por lateral izquierda. Al ver el cuadro que se ofrece á su vista, se queda parado, y por señas pregunta al Padre Diego lo que significa aquello

DIEGO (Con alegría salvaje, extiende el brazo en dirección á todos los que lloran, y dice en tono solemne de victoria.) ¡¡Hemos triunfado!! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Casa de Julia y de sus hermanos, en el pueblo. La escena representa el comedor bajo de la misma, decorado y amueblado convenientemente. En el foro centro, una ancha puerta que da al jardín, del cual se ve una parte considerable. En lateral derecha una puerta y una amplia ventana por las que se ve la calle En lateral izquierda, puerta que conduce á las habitaciones interiores. El jardín y la calle están alumbrados por un sol espléndido. Al levantarse el telón la escena está sola; únicamente se ve á Julia en el jardín, vestida de negro, cortando rosas y haciendo un ramo con ellas. A poco se siente la voz quejumbrosa de un pobre, (Vicente), que pide una limosna junto á la puerta que da á la calle.

ESCENA PRIMERA

VICENTE, vestido de pordiosero, con peluca y barba blancas. Después JULIA

VIC. (Desde la puerta.) ¡Alabado sea Dios! Una limosnita para este pobre viejo que va de pueblo en pueblo, confiado en la misericordia de los hombres. (Viendo que nadie le contesta, penetra en la sala y, con paso vacilante, apoyado en un grueso bastón, avanza hasta colocarse frente á la puerta que da al jardín, pero de espaldas á ella.) ¡Una limosna para este pobre anciano que va de camino y no lo puede ganar! (Con su voz natural.) Me parece que no lo hago tan mal para ser la primera vez. ¡Medio mejor

para enterarse de todo! Por lo pronto hemos conseguido que salga del convento y que la traigan al pueblo. ¡Algo es algo! ¡Lo demás ya irá viniendo, ó dejo de ser quien soy! (Viendo á Julia en el jardín.) ¡Allí está! Es natural que vista de luto, porque al fin y al cabo era su madre; pero... ¡En paz descanse! (Dirigiéndose á Julia con la voz.) ¡Una limosna por Dios, señorita! (Al ver á Vicente, Julia viene presurosa, terminando de atar el ramo que acaba de hacer, y con una rosa prendida en el pecho. A Julia.) ¡Este pobre caminante que no tiene más amparo que las buenas almas...!

JULIA ¡Pobrecito! ¡Cuánto debe haber sufrido! (En el tono de Julia se notan los efectos de una lesión mental que, si no completamente, ha perturbado de un modo notable su cerebro.)

VIC. ¡Como que el sufrimiento me ha hecho viejo en dos días! (Irónico.)

JULIA ¿A dónde va?

VIC. ¡No lo sé!

JULIA ¡Bien dicho! El derrotero de las criaturas depende, más que de la voluntad de ellas, de la voluntad de Dios!

VIC. (¡No está tan loca como dicen!)

JULIA ¿De dónde viene?

VIC. De Madrid.

JULIA ¿Tiene usted familia?

VIC. (Con intención.) Una hija que quiere ser *monja.*

JULIA (Conmovida.) ¡Monja!

VIC. Una ingrata que pretende abandonarme en los últimos años de mi vida.

JULIA (Incoherente.) ¡Desgraciada! ¡Sufrirá! ¡La engañará su marido! ¡Se la morirá su madre! ¡Son malos, muy malos!

VIC. ¿Quiénes?

JULIA (Delirando.) ¡Mire usted qué bonito ramo! Tampoco tienen suerte las flores, ¿verdad? Cuando más orgullosas están sobre sus tallos, viene el hombre y las corta. También dura poco la juventud de las flores. El deseo de todos es cortar, agostar, secar, hacer sufrir y ver morir. El placer más grande es la crueldad.

VIC. (¡Malo, malo, malo!)

JULIA (Enseñándole el ramo que lleva en la mano.) ¡Mire usted! ¡Fíjese usted! Nardos, azucenas, jacintos y peonías. ¡Qué lindos, qué gallardos y qué valientes! ¡Aquí! ¡Aquí es donde estoy yo toda! Esta rosa marchita soy yo.

VIC. (Muy insinuante.) Y este clavel (Señalando en el ramo que tiene Julia.) ¡es Manolo!

JULIA (Con una sacudida nerviosa.) ¡Manolo! (Procura recordar, y no consiguiéndolo, continúa.) Estas violetas son mi alma y estos pensamientos mi cerebro. ¡Pobres pensamientos, qué débiles son! ¡Pobres violetas!...

VIC. (Interrumpiéndola y señalando un punto determinado del ramo.) Este alelí... ¡es el padre Diego!

JULIA (Furiosa.) ¿Este? ¿Este? (Saca del ramo la flor indicada, la tira al suelo y la pisotea. Después, dice á Vicente con tono medroso.) ¡No se lo diga usted á nadie! ¡Por Dios, no se lo diga usted á nadie!

VIC. Se lo prometo á usted: á nadie. Yo también le odiaba. ¡Era muy malo, muy malo! ¡Espere! ¡Espere! (Coge una flor del ramo, la tira también al suelo y hace con ella lo que antes hizo Julia con la otra flor.) ¡¡Era don Cleto!!

JULIA ¡Don Cleto!

VIC. Puede usted rezar por él. Acabo de matarle. ¡He ahí sus despojos! (Señalando los restos de la flor.)

JULIA Las rosas sí son buenas. ¿No es cierto?

VIC. Sí; son buenas. Pero yo conozco á una rosa que, por confiada y crédula, ha estado á punto de causar la muerte de su clavel, y ha labrado su propia desventura. (Pausa.) ¿Sabe usted dónde está esa rosa?

JULIA ¿Dónde?

VIC. En un jardín muy próximo. Sus hojas no tienen hoy la brillantez de colores que tenían; le falta la vecindad de su clavel, trasplantado á otro jardín lejano.

JULIA ¿Por qué no los reunen?

VIC. Eso me he propuesto, y lo conseguiré. (Al oido de Julia, enérgicamente y con su voz natural.) ¡Manolo quiere á Julia, y Julia quiere á

Manolo! Julia sin Manolo se agosta, y Manolo sin Julia se seca. ¡Es preciso que sus vidas sean una sola vida; es necesario que la savia de los dos sea una sola savia! Yo soy el jardinero: ¡los reuniré ó moriré en la demanda!

JULIA (Impresionada, pero sin comprender del todo.) ¡Usted es bueno!

VIC. ¡Yo soy un hombre que no teniendo dolores propios, se ha hecho desgraciado por entrometerse en los dolores ajenos. (Con gran energía, pero sin dejar de mirar á un lado y á otro para evitar una sorpresa.) ¡Manolo te adora, Julia! ¡Manolo se muere sin tí, y tú eres suya porque... Manolo es tu marido!

JULIA (En un instante de relativa lucidez.) ¿Manolo? ¡Sí! ¡Manolo es mi marido! ¡Le quiero! ¡Yo quiero á Manolo! ¡Manolo es mi marido! (Volviendo á caer en el delirio) ¡Las amapolas! ¡Las amapolas son las flores más felices de la tierra! Son libres; reciben el aire y el sol en pleno campo... ¡nadie las cuida más que Dios... y enloquecen de contento!... ¡Quién fuera amapola!

ESCENA II

DICHOS; CRIADA que viene llamando á Julia por lateral izquierda. La primera voz la da dentro

CRIADA ¡Señorita! ¡Señorita! (Al verla hablando con Vicente.) ¡Ah! ¿Está usted aquí?

VIC. (En tono plañidero.) ¡Una limosnita por amor de Dios!

CRIADA El le socorra, hermano. (Va al jardín y se la ve coger una regadera y empezar á regar los macizos de plantas.)

VIC. (¡Como todos los pobres recojan lo que yo!... ¡Soy desgraciado hasta para esto!)

JULIA ¡Espere! (Saca una moneda y se la ofrece á Vicente. Este rechaza la limosna.) ¡Tome, pobre viejecito!

VIC. Yo quisiera otra cosa, señorita. La chochez nos hace caprichosos. El dinero vale poco

para los que esperamos vivir poco. Si la señorita es tan buena que quiere oir mis súplicas, yo preferiría esa flor que lleva sobre su pecho. Lozana ó seca, sería un grato recuerdo de su caridad; un recuerdo ¡¡para Manolo!!

JULIA ¡¡Para Manolo!! (Se desprende la rosa, la besa y se la da á Vicente.) ¡¡Para Manolo!! ¡Esa rosa es Julia: primero alegre y feliz, columpiándose en la rama que la sostiene; después cortada de su tallo por el huracán de la suerte; más tarde, flácida y paliducha por el agetreo de la vida! ¡Esa soy yo! ¡Para Manolo!

CRIADA (A Vicente desde la puerta del jardín.) ¡Váyase, y no sea pesado! ¡No moleste á la señorita! (Sigue en su faena de riego, internándose en el jardin, fuera de la vista del público.)

VIC. (A Julia, con insistencia) ¡Manolo quiere á Julia!

JULIA (Sin dar á la frase toda la entonación que requiere.) ¡Julia quiere á Manolo!

VIC. ¡¡Buen regalo para mi amigo! No dirá que hoy la limosna es escasa. (Señalando la flor. Haciendo mutis después de saludar á Julia.) ¡Una limosna por amor de Dios! (Vase por lateral derecha.)

ESCENA III

JULIA sola. Después DON CLETO paseándose por el jardín con DON ANTONIO y el JUEZ; MANOLO y VICENTE en la lateral derecha

JULIA (Oprimiéndose la frente con las manos) ¡Este dolor constante! ¡También, también me han robado la memoria; el recuerdo de mis dolores y mis alegrías: mi ser todo! No; yo no soy Julia. Yo soy la flor del rosal granate que ese mendigo se lleva, por caminos sin fin, en busca de la muerte. Julia era otra. ¡Pobre Julia! (Al talento de la actriz dejan los autores las transiciones y diferencias de tonalidad.) ¡Pasó á mi lado muchos años de su existen-

cia. ¡Fué más desgraciada por querer que lo son otros muchos por odiar! La encerraron en un convento; la separaron para siempre del compañero elegido por ella para compañero de su vida! Murieron sin volverse á ver. ¡Salió del convento para venir á rezar sobre una tumba que acababa de cerrarse! ¡La tumba de su madre! Las gentes vistieron de luto su cuerpo, como antes la fatalidad había vestido de luto su alma. ¡Pobre Julia! ¡Pobre Manolo! (Don Cleto cruza el jardín con don Antonio y el Juez, de derecha á izquierda. Señalando á don Cleto con odio y temor.) ¡Ese! ¡Ese fué el asesino del amor de Julia! ¡Maldito! ¡Maldito seas! (Aparece Manolo en lateral derecha, acompañado de Vicente que viste ya su traje ordinario. Vicente, por todos los medios, incluso la violencia, impide á Manolo que entre en la casa como se propone hacerlo al ver á Julia.)

MAN. ¡Julia!

JULIA (Sin saber al pronto de donde ha partido la voz.) ¿Quién me llama? ¿Quién llama á mi desventurada amiga? (A Manolo, sin acabar de reconocerle.) ¡Tú!

MAN. (Apasionadísimo.) ¡Esposa mía!

JULIA ¡Ese es el amante, (Señalando á Manolo.) el marido y dueño de la pobre Julia! ¡No está! ¡Julia ha muerto! ¡Ha muerto queriéndote como nunca!.. ¿Vienes á leer los juramentos de aquellas tardes de felicidad? ¿Vienes á respirar la fragancia de aquel primer beso que te dió el alma entera de una mujer? ¡Toma! (Le tira el ramo.) ¡Ahí va mi vida, mis pensamientos, yo toda! (Transición.) ¡Que no lo vea el hombre negro! ¡Te volvería á separar de tu ramo, de tu Julia!

MAN. ¡Julia! (Quiere avanzar hacia ella y Vicente le detiene con gran esfuerzo.)

VIC. ¿Estás loco? ¿Quieres echarlo á perder todo para siempre?

JULIA Yo le diré á Julia que has venido. Julia ha muerto, y yo voy á morir también. Nos veremos en el cielo, ¡y allí se lo diré, porque allí... allí no hay hombres negros!

MAN. ¡Julia no ha muerto! ¡Julia eres tú! ¡Volveré por ti! ¡Lo juro!

VIC. (Tirando de Manolo para llevárselo) ¡Vámonos!

MAN. ¡Juro que volveré! (Al cojer el ramo, besa la mano de Julia.)

JULIA ¡Otro beso! ¡Pero qué triste! ¡Qué impregnado de amargura! ¡¡Qué seco y doloroso el beso de unos labios que no encuentran otros labios!! (Transición. Con el tono peculiar de su locura.) ¿Y mis flores? ¿Dónde están mis flores? (Señalando al jardín.) Allí; allí hay muchas. Siempre mirando al cielo como yo, como todos los que sufren. (Mezclando risas y lágrimas.) ¡Son mis amigas! ¡Son mis hermanas! ¡Otro ramo! ¡Otro ramo para él! ¡Para él, si vuelve! (Vase corriendo al jardín.)

ESCENA IV

DON ANTONIO, DON CLETO y el JUEZ, por lateral izquierda

CLETO (Al Juez.) ¿Se ha convencido usted ya, señor Juez?

JUEZ Desgraciadamente mi inspección personal está de acuerdo con las certificaciones facultativas. ¡Lástima de criatura, tan joven y tan hermosa!

ANT. La esperanza de su curación es lo único que nos guía.

CLETO Su permanencia en esta casa es un peligro. Hace tres días quiso suicidarse.

JUEZ ¡Eso es grave!

CLETO Y hoy mismo ha intentado agredir á su propio hermano, (Señalando a don Antonio.) el cual, por un verdadero milagro ha conseguido salir ileso del lance.

JUEZ ¡Gravísimo!

CLETO ¿Verdad, don Antonio? (Don Antonio baja la cabeza, no atreviéndose á confirmar descaradamente la mentira de don Cleto.) De los crímenes de los locos son responsables los cuerdos que no toman á tiempo las debidas precauciones.

Nosotros declinamos nuestra responsabilidad en la justicia.

JUEZ ¡Que penosa es la misión de la justicia en algunos casos!

CLETO ¡Pero ineludible!

JUEZ Y don Rafael ¿qué dice?

ANT. Mi hermano está obsesionado por una mal entendida caridad.

CLETO En mi opinión, don Rafael se ve amenazado de un trastorno parecido al de su infeliz hermana. Tiene delirios y extravagancias que lo hacen temer todo.

JUEZ ¿También? ¡Qué fatalidad! ¡Les compadezco á ustedes!

CLETO ¡Sufrimos mucho! (Hipócrita.)

JUEZ Lo de don Rafael es un dato interesante, porque su oposición hubiera podido ser un inconveniente para el auto. Pero si el desventurado se encuentra en esas condiciones...

CLETO ¡Pobre Rafael! El corazón ha vencido á la cabeza, y sus buenos sentimientos están acabando con su juicio!

JUEZ ¡El amor! ¡Pícaro amor! Si se tomasen ustedes la molestia de hojear las estadísticas, verían que esa virtud es la madre del cincuenta por ciento de los crímenes. (A don Cleto, en tono jovial.) ¡Ustedes lo entienden! ¡El que no quiere á nadie, se quiere más á sí mismo!

CLETO Aquí no se trata de amor; de ese amor que llevado por legítimos caminos sanciona la Iglesia. Se trata de una falta y de un delito.

JUEZ Delito y falta (¡y esto va dicho extraoficialmente!) que, mas que á los jueces, corresponde juzgar á un tribunal de familia.

ANT. ¡Nuestra honra!...

JUEZ Las leyes castigan al ofensor, pero no restituyen el honor á la ofendida. La venganza satisface, pero no remedia. ¡En fin, señores, esto no es de mi competencia; firmaré el auto de traslado que se me pide, y... ¡allá ustedes! ¿A qué manicomio quieren que vaya la enferma?

CLETO «San Isidoro» es un gran establecimiento. Está dirigido por religiosas, y mi influencia en él hará que Julia sea tratada con el amoroso celo que su estado requiere.

JUEZ (Con indiferencia.) Sea «San Isidoro». ¿Y encargados de conducirla?...

CLETO Podríamos ser don Antonio y yo, si al señor Juez le parece.

JUEZ El parentesco del uno, y la edad y ministerio del otro, son una garantía para mí. Voy á extender la orden y á disponer que se cumplimente.

CLETO ¿Sin pérdida de tiempo?

JUEZ Sin pérdida de tiempo, puesto que ustedes así lo estiman necesario.

ANT. ¿Y si alguien se opusiera?

JUEZ (Severamente.) ¡Peor para ese alguien!

ANT. ¡Rafael...!

JUEZ Sí; pero como el estado de don Rafael...

CLETO ¡Manolo...!

JUEZ Acatará mis decisiones; en caso contrario, le haré ver que la resistencia á la autoridad judicial no es un delito de amor.

ANT. ¡Gracias!

CLETO ¡Gracias por su bondad!

JUEZ He cumplido con mi deber, y ya he dicho á ustedes que el deber de la justicia se cumple algunas veces con pena. (Saludando.) ¡Señor Cura! ¡Don Antonio!

CLETO ¡Se le quiere!

ANT. ¡Siempre á su disposición, señor Juez! (El Juez vuelve á saludar inclinandose desde la puerta y vase por lateral derecha.)

ESCENA V

DON ANTONIO, DON CLETO. Después VICENTE escondido

ANT. (A don Cleto.) Ya consiguió usted su deseo.

CLETO ¡Y el de usted! ¿A qué conduce la hipocresía entre nosotros?

ANT. ¡Pero esta premura!... Hemos podido esperar una ausencia de Rafael y evitarnos una

escena triste y desagradable en el momento en que vayamos á emprender la marcha.

VIC. (*Por lateral derecha, ve á don Antonio y don Cleto y se esconde para escuchar.*) ¡Demonio! ¡Junta de rabadanes..!

CLETO Es usted el auxiliar más inútil que me pudo deparar la suerte El pánico le cierra los ojos; es usted de los que creen que se evita el peligro procurando no verlo.

ANT. Solo hablaba de la premura...

CLETO Esa premura que á usted le extraña está justificadísima. Mañana sería tarde.

ANT. ¡Mañana!

CLETO ¡Veinticuatro horas, una hora, un minuto, deciden de la vida de un hombre!

ANT. No comprendo...

CLETO ¡Aquí, sobre mi pecho, hay un papel que he recibido hoy, un papel que mis amigos han hecho correr vertiginosamente hasta mí para que me preparara; (*Saca el papel del bolsillo de pecho, lo muestra doblado á don Antonio y lo guarda de nuevo en el bolsillo exterior de la sotana.*) un papel cuyo contenido conocerán mañana nuestros enemigos; un papel que les da el triunfo... ¡Un triunfo que yo me encargo de dilatar ó de anular para siempre.

VIC. (¡No será mañana! ¡Será hoy!)

ANT. (*Intranquilo.*) ¿Acaso..?

CLETO Sí; una copia de la sentencia definitiva!

ANT. ¿Ese matrimonio..?

CLETO Ha sido declarado válido. Aquí lo dice sin distingos ni salvedades. El más alto tribunal acaba de declarar solemnemente que Manolo y Julia son legítimos esposos.

VIC. (*Con alegría.*) ¡Gracias á Dios que voy á llevar una buena noticia! (*Vase corriendo.*)

ANT. ¡Estoy perdido!

CLETO Aun no, gracias á mí. ¡Julia entrará en el Manicomio, y en el Manicomio mando yo! Julia no saldrá de él hasta que yo quiera, ó no saldrá.

ANT. Ahora es su marido. Reclamará con derecho...

CLETO Nos opondremos; presentaremos incidentes;

provocaremos luchas de jurisdicciones... En esto se emplea tiempo... y en ese tiempo... (Termina la frase con un gesto amenazador.)

ANT. ¡Me da usted miedo!

CLETO Ahora le digo yo á usted lo que usted me dijo á mí cierta noche injustamente: «¡Cobarde!»

ANT. ¡Es que!...

CLETO Sin eso, ¿qué hubiera sido de usted ya?

ESCENA VI

DICHOS y RAFAEL por lateral derecha. Después JULIA

RAF (¡Siempre juntos!) (Intenta pasar sin hablarles.)

ANT. (A Rafael.) ¿Hay noticias?

RAF. (Secamente.) Ninguna.

CLETO ¡Pobre don Rafael, siempre triste!

RAF. (Agresivo.) Usted es el que menos puede extrañarlo, porque es uno de los que más han contribuído á mi tristeza.

CLETO (Hipócrita.) ¡Yo le aseguro!...

RAF. (Excitándose.) Al decir á mi tristeza he dicho poco: ¡á mi desesperación! A cada paso encuentro una persona que me pregunta por Julia, y en cada una de esas preguntas veo una intención sarcástica que se mete aquí dentro, muy dentro, (Golpeándose el pecho.) mordiéndome el corazón. Todo el mundo me da la mano con repugnancia. ¡Los blasones de mi casa se han transformado en un padrón de ignominia.

CLETO ¡Usted tiene la culpa!

RAF. ¡¡Yo!!

CLETO La presencia de Julia en el pueblo han avivado el escándalo. Mientras Julia permanezca aquí será la comidilla de las gentes.

ANT. Las fieras siempre piden víctimas y tú les has traido á nuestra pobre hermana.

RAF. ¡Y os atrevéis á tanto!... ¡Vosotros que sois los instigadores de una lucha que denigra y de una resistencia que enloda!

ANT. ¿Querías, por ventura, entregar tú mismo nuestra hermana á su amante?

RAF. ¡A su amante!

CLETO Eso sí que hubiera sido una vergüenza, lodo y deshonor. Eso sí que sería ultrajar la memoria de una santa que bajó al sepulcro combatiendo la consumación de ese concubinato criminal y repugnante.

RAF. (Increpándole.) Pero usted, ¿con qué derecho se ha apropiado la tutela de esta casa?

CLETO (Imponente, solemnísimo.) ¡Con el derecho del sacerdote que oye la última voluntad de un moribundo; con el derecho del que no puede consentir que los hijos hagan en la tierra lo contrario de lo que su madre sigue ordenando desde el cielo. (Como inspirado.) Anoche tuve un sueño que es un aviso de Dios: ¡un espacio sin fin, donde los bienaventurados gozan de la dicha eterna. Los ángeles cantaban himnos de alabanza al Hacedor Supremo; las almas acompañaban estos cánticos con exclamaciones de júbilo y entusiasmo... ¡Todas las almas del cielo: todas, *menos una*, que lloraba desconsoladamente una pena lo suficientemente intensa para cruzar la distancia que hay de lo humano á lo divino! ¡El alma de doña Andrea! ¡El alma de doña Andrea que miraba á nuestro mundo con ojos de espanto y de terror infinito. ¡También las almas lloran; lloran por nosotros! Yo la ví; la ví como os veo á vosotros. Yo la oí decir con voz tonante y sobrenatural como su nueva existencia: «¡¡Maldito, maldito sea el pedazo de mi ser que reniegue de mí!!» (A Rafael que quiere interrumpirle.) ¡Sí! ¡¡Maldito, maldito tú, si olvidas la voluntad de tu madre en su hora postrera!

RAF ¡Basta! ¡Yo también sueño frecuentemente con mi madre; pero la veo dulce, caritativa, buena. ¡Como solo se puede estar al lado de Dios: consolando mi pena y bendiciendo mi vida! ¡La que yo he visto es mi madre! La que usted ha visto... ¡¡no!!

JULIA (Que viene corriendo del jardín y se acerca á Rafael

para enseñarle una flor que trae en la mano.) ¡Mira! ¡Mira! ¡Un pensamiento negro; todo negro!...

RAF. (Señalando á don Cleto.) ¡Como el de ese!

CLETO Tenga presente...

RAF. (Indicándole con el brazo la puerta de la calle.) ¡Basta!

CLETO (Haciendo mutis con don Antonio por lateral derecha y en tono de amenaza.) ¡No importa! ¡No importa!

ESCENA VII

JULIA y RAFAEL; en seguida, MANOLO

JULIA (Con miedo,) ¡Ese hombre! (Por don Cleto.)

RAF. No tengas miedo, hermana mía. Yo velo por ti, por tu felicidad.

JULIA (Comprimiéndose la frente con ambas manos.) ¡Este dolor! ¡Este bloque de piedra que aplasta contínuamente mi cerebro! ¡Quiero recordar y no puedo...!

RAF. (Instándole para que le siga.) ¡Ven! ¡Ven! El jardín te consuela; el jardín es tu paraíso. Vamos al jardín.

JULIA ¡Este peso! (Con explosión.) ¡Dios mío! ¿Empezaré á estar loca?

RAF. (¡Dios mío! ¿Empezará á no estarlo?)

MAN. (Entra decidido; como el que ha resistido mucho tiempo un impulso de la voluntad y por fin cede ante él como ante un poder irresistible. Al ver á Julia y Rafael, extiende hacia ellos los brazos en actitud suplicante y dice:) ¡Julia!

RAF. (Contrariado y con manifiesto disgusto.) ¡Manolo!

JULIA (Señalando á Manolo y con alegría evidente.) ¡Ese! ¡Ese es el marido de Julia! (Corre hacia Manolo, y cogiéndole cariñosamente las manos, le dice:) ¿La diste mi ramo? ¿Está contenta? ¿Os queréis mucho? La infeliz lloraba un día porque la dijeron que la olvidabas...

MAN. ¡Mintieron! ¡Fué porque me odiases, por separarnos, por... (La abraza, pero en seguida se separa de ella con inmensa pena y dice:) ¡Perdón,

Rafael! Ya sé que no queréis reconocerme el derecho de que su corazón lata cerca del mío un solo instante. No he querido ofenderte; ¡á ti menos que á nadie!

RAF. ¡Qué desgraciados somos todos y ella más que todos!

MAN. ¡Julia! ¡Amor mío! ¿No me reconoces?

JULIA (Vacilando.) ¡Esa voz!

MAN. Esta voz es la que tú escuchabas con tanto afán en otros tiempos; es la voz que te hizo promesa eterna de felicidad y de cariño; es la voz desesperada de tu Manolo, de tu marido, de tu amigo, de tu esclavo. ¿No te hace sentir nada esa voz?

JULIA Sí; parece que ahuyenta muchas sombras de mi frente; creo que oyéndola siempre recobraría mi memoria y dejaría de ser la rosa del rosal granate que se llevó el viejecito. (Rafael, conmovido, se ha ido acercando poco á poco al grupo que forman Julia y Manolo.)

MAN. ¿No te acuerdas de nuestro matrimonio, de nuestra separación violenta, de tus penas sin fin en el convento?

JULIA (Esforzándose por recordar.) ¡En el convento! ¡Es verdad! ¡El convento! ¡El hombre negro! ¡La otra!

MAN. ¡Julia de mi alma! ¡Mi Julia!

JULIA (Dulcemente.) ¡Manolo!

MAN. (Como pidiéndole permiso, con la mirada, para abrazar á Julia.) ¡Rafael!

RAF. (Emocionado.) ¡Abrázala!

MAN. (Abrazándola frenético.) ¡Mi esposa, mi vida, mi cielo! (A Rafael.) ¡Dios te lo pague, hermano mío!

JULIA (A Manolo.) Abraza también á Rafael. Es bueno. Te quiere.

MAN. ¡Sí! ¡A él también, aunque no quiera! (Se abrazan Rafael y Manolo.) ¡Qué ansias tengo de amar! ¡Sería capaz de querer á mis más implacables enemigos!

RAF. ¡Te perdono, hermano!

MAN. ¡Dios debe estar bendiciéndome en este instante con su mano bienhechora!

JULIA (Abrazando á Rafael y Manolo.) ¿Por qué no vivi-

mos así? ¡Juntos los tres! ¡Abrazados los tres! ¡Amándonos los tres!

RAF. ¡Viviremos!

MAN. ¡Ya lo oyes! (A Julia.) ¡Viviremos!

ESCENA VIII

DICHOS; DON ANTONIO y DON CLETO, que aparecen por lateral derecha, y al ver el cuadro de Julia, Manolo y Rafael abrazados, se quedan contemplándolo con el despecho que es de suponer

CLETO (Irónico.) ¡El hermano abrazando al amante de la hermana, y, por lo visto, dándole las gracias por su deshonra.

ANT. ¡Qué ruin y qué despreciable conducta!

CLETO ¡Digno hombre para hacer el papel de tercero en semejantes amores!

MAN. (Queriendo agredirle) ¡Canalla!

RAF. (Deteniendo á Manolo.) ¡Quieto! A ciertos reptiles no se les toca: se aplastan con el pie. Los ultrajes de la envidia y de la rabia son demasiado groseros para ensuciar el armiño de una conciencia intachable. (A don Cleto y don Antonio) ¿Sabeis cómo respondo yo á vuestras injurias? ¡Así! (A Julia y Manolo.) ¡Abrazaos otra vez! ¡Abrazadme otra vez!

JULIA / MAN. ¡Hermano! (Se abrazan.)

ANT. ¡Qué vergüenza!

CLETO (Con una risa que da frío.) ¡Ja, ja, ja! ¡Lástima que ese triple abrazo deba durar tan poco!

JULIA ¿Qué dice?

CLETO ¡Lástima que esa alianza de tres infames haya de verse rota en breve por la inflexibilidad de la ley; por una ley que hasta hoy no ampara el amancebamiento.

MAN. (Conteniéndose á duras penas.) Pero, ¿tú le oyes, Rafael? ¿Es posible tolerar sus insultos?

RAF. (A don Cleto.) ¡Tales van siendo sus palabras, que pudiera llegar un momento en que mi indignación no respetara esas canas ni ese traje! (Enérgico y decidido.) ¡Fuera! ¡Fuera de esta casa!

CLETO (En tono de odio reconcentrado.) ¡Tenemos una misión que cumplir!

RAF. (Cada vez con mayor energía.) ¡Fuera! (Al ir á hacer mutis don Cleto, intimidado por la actitud de Rafael, entra el Juez.)

CLETO (Con gozo satánico.) ¡El señor Juez!

ESCENA IX

DICHOS y el JUEZ

JULIA (Abrazándose á Rafael y Manolo.) ¡Manolo, Rafael, protejedme!

JUEZ (Desde la puerta casi.) Saludo á ustedes.

CLETO (Aparte al Juez, rápidamente.) ¡El infeliz (Señalando á Rafael.) se agrava!

JUEZ (Avanzando y saludando.) ¡Amigo don Rafael!

RAF. (Sin salir de su asombro.) ¡¡El Juez!!

JUEZ Sí; el Juez, que viene á esta casa traído por una misión penosa y desagradable.

RAF. (Asombrado cada vez más.) ¡Una misión penosa!... ¿para mí?

JULIA (Por don Cleto.) ¡Cómo ríe el hombre negro! ¡Estoy temblando!

MAN. ¡Preveo una nueva traición! ¿Cuál podrá ser?

JUEZ (A Rafael.) Yo confío en la sensatez de usted... ¡y en la sensatez de todos! para que mi orden se cumpla sin resistencias que me vería obligado á castigar severamente. (Dándole el auto.) ¡Lea usted!

RAF. (Desdobla el pliego con ansiedad. Julia y Manolo forman grupo con él, más intranquilos aun que el mismo Rafael, si cabe. Rafael, después de leer, dice con terrible indignación.) ¡¡A un manicomio!! ¡¡Llevarse á Julia!

MAN. ¡¡A mi Julia!!

JULIA (Con un grito de desesperación.) ¡¡A mí!! (El Juez permanece silencioso, esperando el cumplimiento de sus órdenes.)

RAF. ¡Pero esto es imposible, y si es posible, ¡¡es inicuo!!

JUEZ ¡Caballero! (Manolo tiene estrechamente abrazada á Julia, como creyendo que por este medio puede evitar que se la lleven.)

MAN. ¡Y son ellos, ¡ellos! los encargados de arrebatármela! ¡Ellos, que la están acechando como el cordero es acechado por el lobo! Ellos, que ya me la quisieron quitar una vez, y que ahora me la quitarían para siempre... ¡¡Y es un representante de la justicia augusta el que quiere ponerla en sus manos!!...

JUEZ En sus manos no; en manos de la ciencia.

JULIA (Al Juez, con voz dulce) ¡Me matarán! ¡Me matarán, como quisieron matarme en el convento! ¡Me odian! Su único anhelo es deshacerme, hoja y hoja y estambre por estambre. ¡Perdón, señor! Yo quiero aire y sol nada más; lo que quieren todas las rosas cuyo tallo, por falta de savia, adelgaza hasta querer romperse...

ESCENA ULTIMA

DICHOS y VICENTE, que se queda en lateral derecha, silencioso, presenciando la escena

MAN. (Loco de dolor, levantando á Julia, que se había arrodillado para suplicar al Juez, y como protegiéndola con su cuerpo.) ¡No se la llevarán! ¡Las órdenes injustas no deben acatarse! ¡Es mi mujer! ¡Es mi esposa! ¡¡Es mía!!

JUEZ (Con calma.) Pruébeme usted que es su esposa, ¡y entonces!...

CLETO (Gozoso.) ¡Eso es! ¡Que lo pruebe!

MAN. (Desesperado.) ¡Probarlo! ¡Probarlo! ¡Y cómo!

VIC. ¡¡Así!! (Se lanza violentamente contra don Gleto, registrandole á la fuerza. Don Cleto se resiste todo lo que puede. El Juez quiere intervenir con su autoridad para evitar el atropello. Los demás presencian anhelantes la escena.)

CLETO ¡Villano! ¡Sacrílego! (Defendiéndose.)

JUEZ (Queriendo imponerse.) ¡Semejante atropello, y en mi presencia!

CLETO ¡Socorro! ¡Socorro!

VIC. (Agitando victorioso en una mano el papel que acaba de extraer del bolsillo de don Cleto.) ¡Ya lo tengo!

CLETO ¡Maldición!

VIC. (Dando el papel al Juez) ¡Esta es la prueba! (Don Cleto queda como desfallecido por la lucha.)

JUEZ (Hojeando y leyendo rápidamente el documento que Vicente le acaba de entregar.) ¡Copia de una sentencia! ¡Fallo definitivo! ¡La validez del matrimonio!

RAF. ¡Válido!

MAN. (Con suprema alegría.) ¡Válido!

JUEZ (A don Cleto, en tono de severísimo reproche.) ¡Y usted lo sabía! ¡¡Y sin embargo!! (Amenazador á don Antonio y á don Cleto.) ¡Señores! ¡¡nos veremos!! (A Rafael.) Don Rafael: su mano. (A Manolo.) Don Manuel: su esposa. (Poniendo á Julia en sus brazos.)

CLETO (Sin querer declararse definitivamente vencido.) ¡Aún falta! ¡La justicia de Dios está por encima de eso que llamais justicia de los hombres!...

MAN. (A don Cleto, muy entonado) Si á los pueblos les va faltando la fe, es porque algunos de vosotros, pocos por fortuna, os empeñais en que la pierda. El sacerdote que hace lo contrario de lo que Dios manda, no es un representante de Dios: es un enemigo de Dios y de los hombres. La religión es justicia, es caridad... (Abrazando á Julia.) ¡¡y es amor!!! (Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas